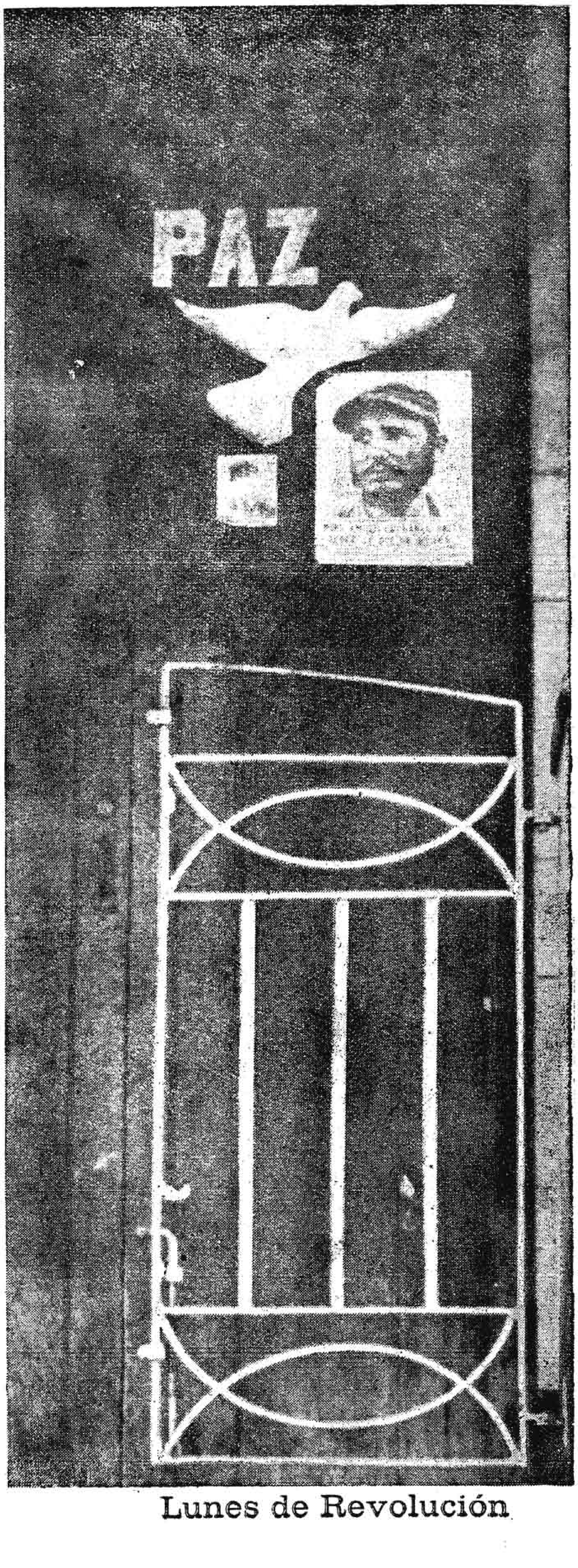
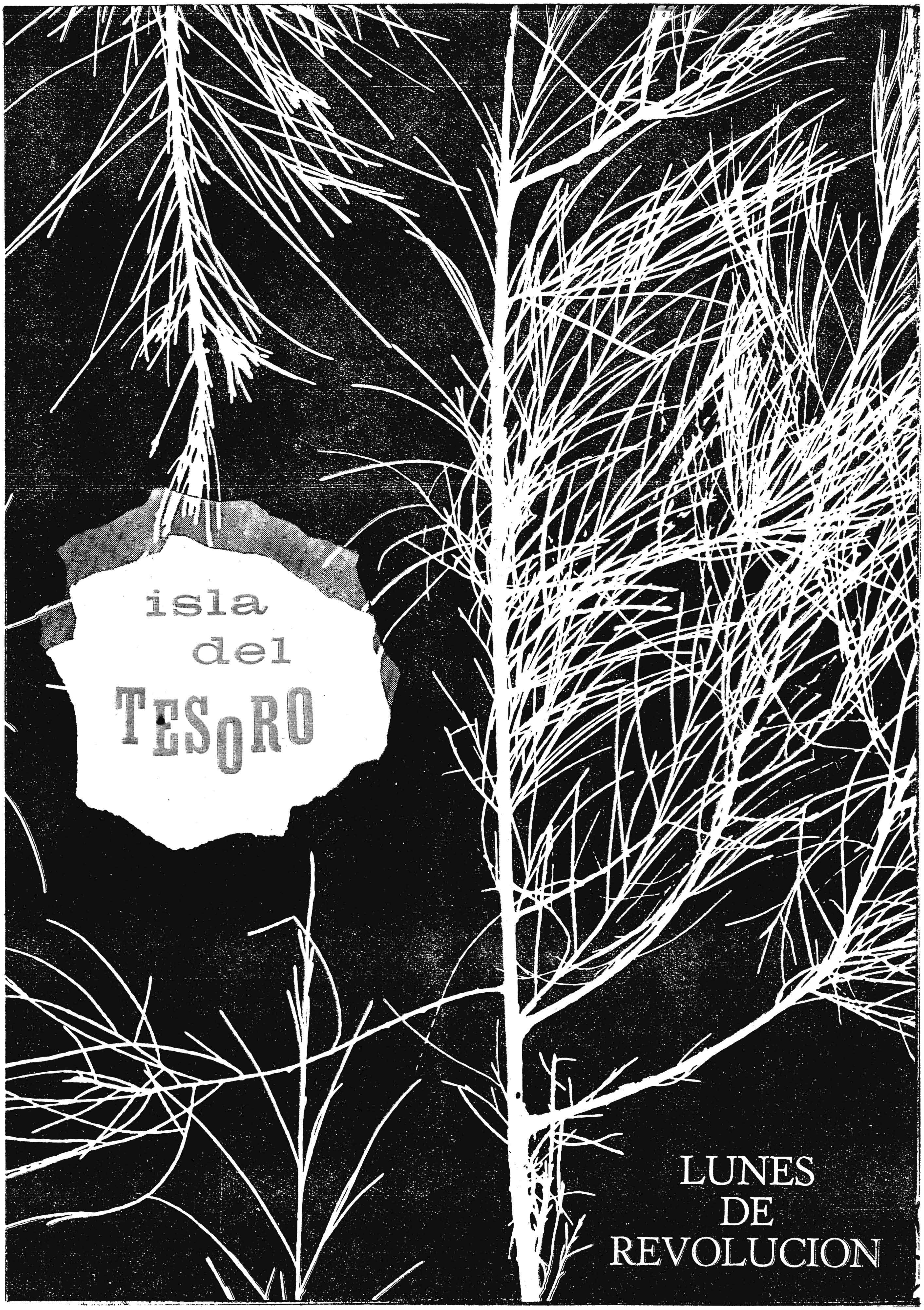
...con todo lo justo estamos y estaremos siempre; contra el coloniaje, contra la explotación, contra los monopolios, contra el militarismo, contra la carrera armamentista, contra el juego a la guerra. Contra eso estaremos siempre. Esa será nuestra posición.



Lunes de Revolución

La SEÑAL



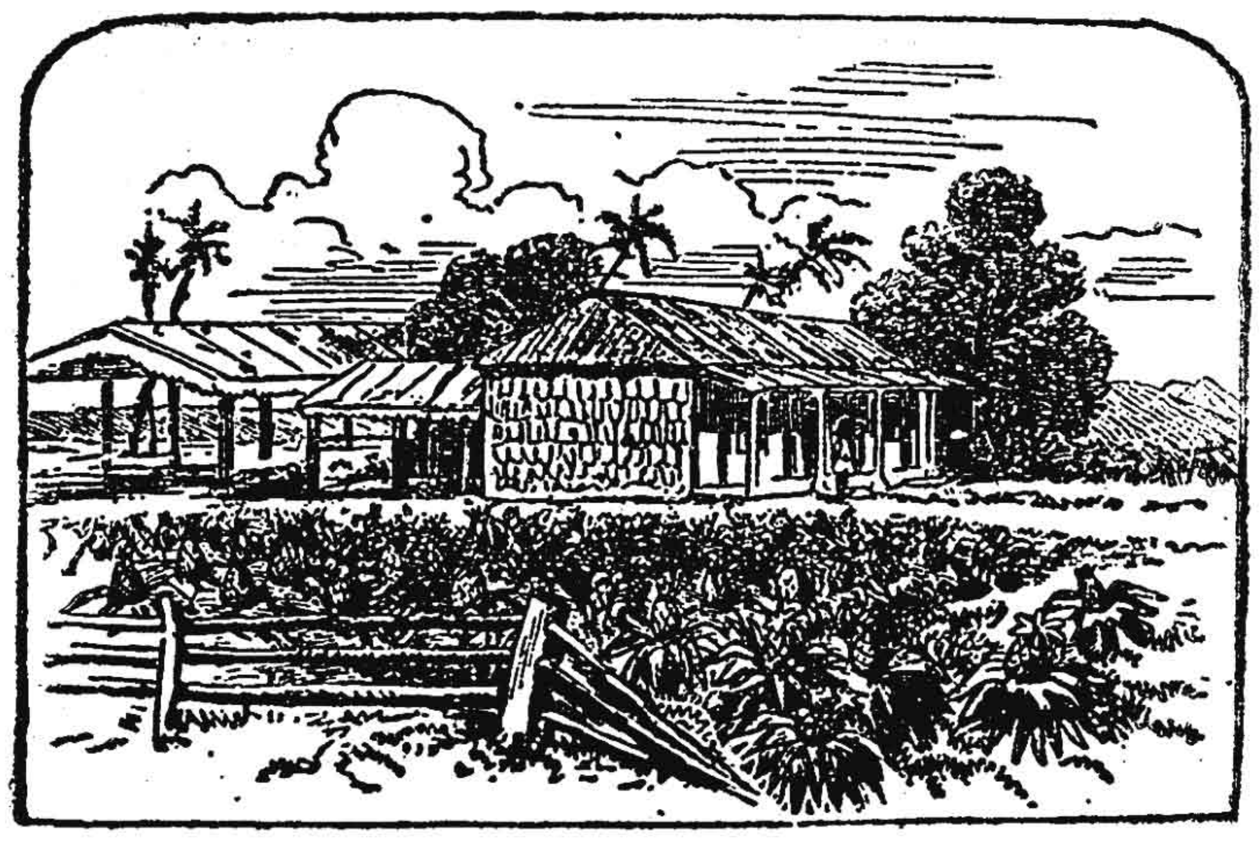
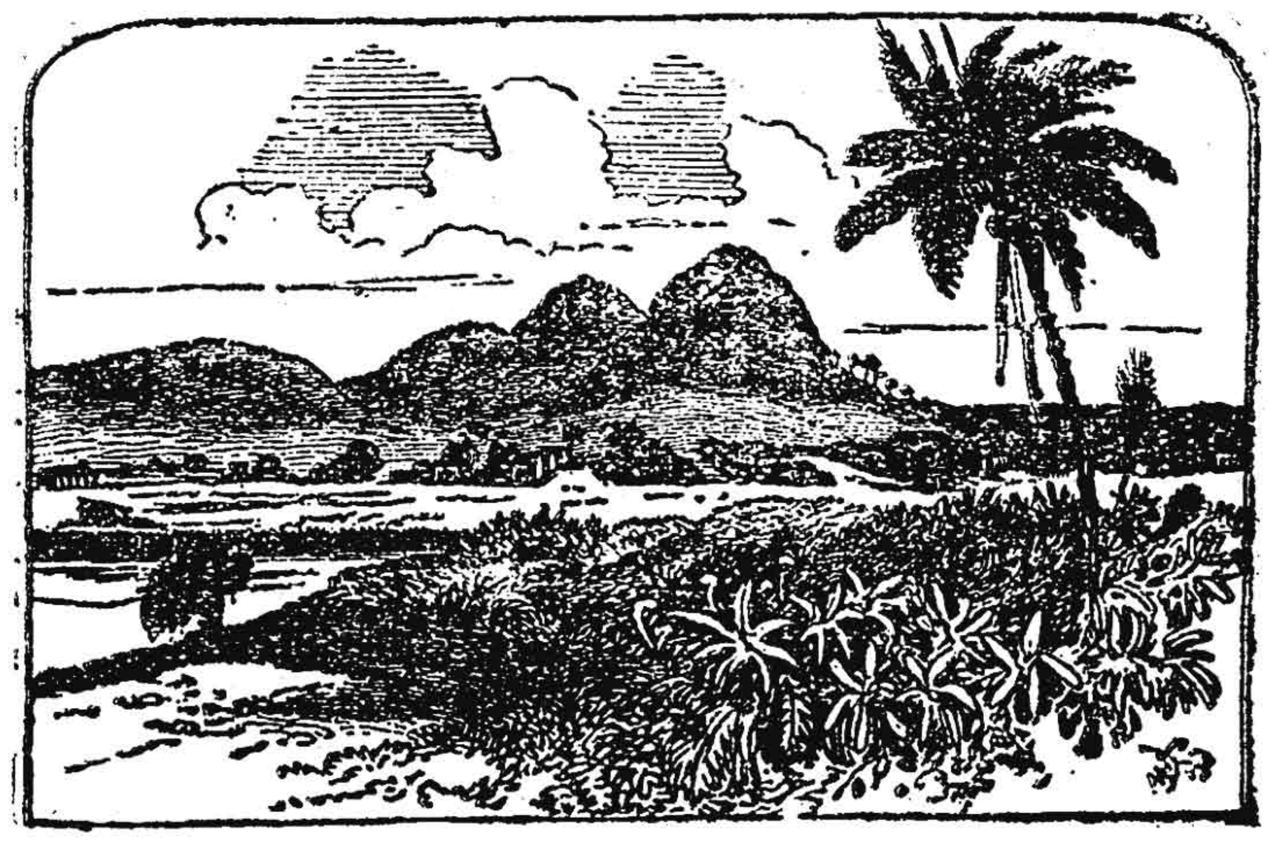

isla
del
TESORO
LUNES
DE
REVOLUCION

director: guillermo cabrera infante
subdirector: pablo armando fernández
director artístico: raúl martínez
fotos de liborio y archivo
número 80, octubre 10, 1960
ESTE NUMERO ESTUVO A CARGO DE
ANTON ARRUFAT

Los cubanos hemos vuelto a encontrarnos con nuestro paisaje. La Revolución nos arroja en nosotros mismos, nos hace tema de preocupación. Durante años constituímos un pueblo errante, que no veía la naturaleza que le rodeaba, que pasaba de largo en busca de otros países. El imperialismo, como un leviatán implacable, nos iba devorando nuestras características propias, nuestro destino, nuestra comunicación con el paisaje, para destruir las barreras que podrían impedir su penetración. Es por eso que ahora, de repente, el hombre de las ciudades descubre el paisaje que le envuelve y comienza a reaccionar ante él.

Finalmente, "Lunes" informa que este número fue preparado en principio por Pablo Armando Fernández. Su viaje a la República Popular China, invitado por el gobierno de ese hermano país, le ha impedido confeccionar este número cumplidamente. Los artículos que aquí se incluyen, el de Ramírez Corría, Calvert Casey y el poema de Pablo Armando Fernández demuestran ese entusiasmo del cubano que encuentra las secretas afinidades con su paisaje.



por Samuel Hazard

un viaje a isla de

Samuel Hazard estuvo en Cuba dos veces. Una alrededor de 1850 y la otra antes de la guerra de los diez años. De estas visitas nació su libro de viajes, **Cuba a pluma y lápiz**, que es uno de los más eficaces intentos de comprender nuestro país durante el siglo pasado. El autor era un buen dibujante y él mismo ilustró su libro. **Cuba a pluma y lápiz**, tuvo éxito editorial. La primera edición se publicó en New York en 1871 y luego se hizo otra edición de Londres en 1873. Poco sabemos de la vida del autor. Nació en Estados Unidos en 1834 y murió en 1876. Peleó en la guerra civil en favor del Norte. Tenía una salud delicada y los médicos le recomendaron un viaje a Cuba para reponerse. Cuando Hazard abandona la Isla estalla la guerra del 68. En su libro encontramos alusiones a la Revolución, ante la cual toma una actitud favorable. **Cuba a pluma y lápiz**, se publicó en español por primera vez en 1928, en la Colección de Libros Cubanos. De esa edición hemos tomado el presente capítulo.

Hallándome en La Habana sufriendo de una severa afección bronquial, me informaron, "oficialmente", que debía hacer una de las dos siguientes cosas: o dejar de fumar o dirigirme a la Isla de Pinos y tomar los milagrosos baños de sus aguas minerales. Considerando lo último el menor de los males, hice mis preparativos y en compañía de mi *compagnon de voyage*, me dispuse a pasar allí el tiempo suficiente para obtener una curación completa de la mencionada dolencia. Habiendo obtenido de mi estancia en la desierta Isla mucha y muy variada experiencia, la expongo aquí para beneficio de los futuros viajeros.

La Isla de Pinos, o como todavía es llamada, Reina Amalia,(1) tiene una extensión de quinientas cuarenta millas cuadradas, estando situada directamente al sur del extremo occidental de la Isla de Cuba. Su largo, de Este a Oeste, es de sesenta y cinco millas, y su mayor anchura, de Norte a Sur, es de cuarenta millas. Dista de La Habana algo más de noventa millas, y sólo cincuenta y cuatro millas desde el embarcadero de Batabanó, donde el viajero toma el vapor que lo conduce a la Isla en línea recta. Sin embargo, debido a los numerosos cayos e islitas que rodean la Isla de Pinos, el canal por donde han de navegar los buques es muy intrincado, lo que hace que la navegación sea más larga de lo que sería sin tales dificultades.

Cristóbal Colón dió a dicha isla el nombre de El Evangelista, habiendo llegado a ella el 24 de junio de 1494. Se halla ahora casi tan deshabitada como cuando fue descubierta, pues si bien es cierto que hay en la isla dos pueblos, el número de sus habitantes es muy reducido, llegando sólo a dos mil siete. Fue en esta isla donde la expedición de Drake, de vuelta a Costa Rica, fue atacada por el almirante español Avellaneda, quien consiguió capturar uno de los buques de aquél.

En su forma ofrece la exacta representación de una volanta vista de perfil. Tiene dos grandes cadenas de montañas, conocidas una por Sierra de la Cañada, de mil quinientos pies de altura, y otra por la Sierra de la Daguilla, de mil seiscientos cincuenta pies de altura. Además de la fama de que goza por sus aguas medicinales, es celebrada por sus canteras de mármol y sus bellos ejemplares de cristal de roca.

Hay comunicación con La Habana una vez a la semana. Se toma en la capital el tren de las 5.45 cualquier jueves por la mañana, en la estación de Villanueva, extramuros, con destino a Batabanó, teniendo cuidado el viajero de cambiar de tren en San Felipe. Batabanó es un pueblo pequeño y pobre, sin comodidades para los viajeros; pero éstos a su llegada pueden dirigirse directamente al pequeño y bonito vapor "Cubano Nuevo", que zarpa inmediatamente en dirección a la Isla de Pinos. El buque va directamente al desembarcadero de Santa Fe, que es el lugar a donde aconsejo a los viajeros se dirijan.

Los buques hacen escala, además de Santa Fe, en Nueva Gerona. Este último es un pueblo muy pequeño, situado al pie de unos montes, rodeado de palmeras, y a orillas del río Sierra de Casas, y a cierta distancia de su desembocadura. Las principales autoridades de la Isla radican allí, y cuenta con una pequeña guarnición de tropas que ocupan un cuartel.

Desde Santa Fe puede irse fácilmente a Nueva Gerona en volanta o a caballo. Como hospedaje sólo hay el "Hotel de Fargas", muy mediano.

Santa Fe, que es el lugar preferido por los viajeros, no pasa de ser una misérrima congregación de casas, a orillas del río del mismo nombre, a alguna distancia de su desembocadura, así como del desembarcadero del vapor. Este desembarcadero es un tosco muelle de madera donde se estacionan los coches y diligencias que van a Santa Fe.

Al desembarcar se nos dice que estamos en Santa Fe y se nos señala la Plaza, que de hecho parece ser todo el pueblo, pues a su alrededor están todas las casas del pueblo, o por lo menos, la mayoría. La plaza misma es una extensión de terreno ocupada por montones de polvo, pilas de desperdicios, asnos sueltos y perros de hambriento aspecto.

Con extraños presentimientos de lo que nos pueda reservar la suerte hasta que el próximo vapor salga, nos dirigimos a cruzar un pequeño puente de madera, bajo el cual nos aseguran que hay varios manantiales; y al ascender una loma al otro lado del pueblo, nos sorprendemos agradablemente al ver frente a nosotros dos o tres edificios de piedra de imponente aspecto, que nos dicen son los hoteles. Nos dirigimos al que nos afirman ser el mejor, llamado "Hotel de Santa Rita".

Encontramos que sus habitaciones son grandes, limpias las camas y los propietarios, amables y corteses. Dirige el establecimiento un cubano, el doctor Díaz, que vive en el mismo con su esposa e hijos. Sin embargo, la primera experiencia en nuestra habitación no fue todo lo satisfactoria que hubiéramos deseado, pues al proceder a hacer uso del lavabo situado en una esquina, instintivamente retrocedí con horror al aparecer ante mi vista un tremendo insecto, con una especie de cuerpo giboso y larguísimas patas aplastadas, armado en diferentes lugares con peculiares dardos membranosos, en conjunto un horrible objeto viviente adherido a la pared. No logrando persuadir a mi amigo que diera buena cuenta de él, pues se mostró decidido a ni siquiera "tocarlo", y deseoso de aumentar mis conocimientos de historia natural, llamé al hotelero y le pregunté a nombre de quién y con qué derecho había un ocupante en nuestro cuarto, respondiéndome al darse cuenta de lo que se trataba:

—No es *nada;* es sólo una araña.

Y sin más preámbulo le dió un manotazo para arrojarla al suelo, y acabó su existencia aplastándola con su bota.

—Voy a utilizar la gaveta de esta mesa —dijo mi amigo a la vez que tiraba de ella.

En mala hora lo hizo, pues perturbó a todo un nido familiar de cucarachas de gran tamaño, que cayeron al suelo junto con la gaveta, al soltarla inmediatamente mi amigo, desparramándose las cucarachas en todas direccio-

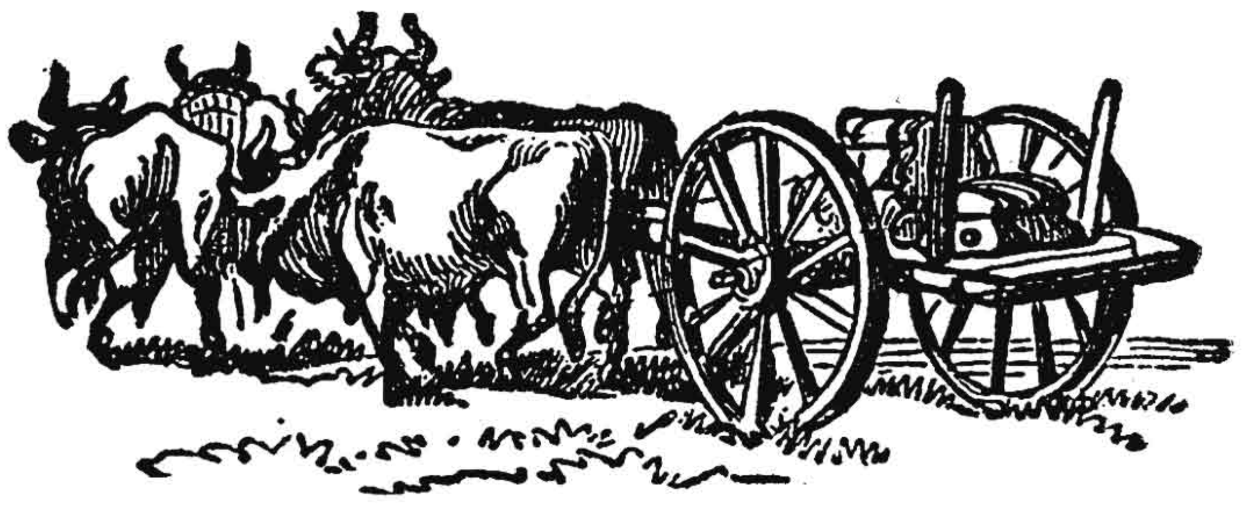
(1) Se le dió el nombre de "Colonia de la Reina Amalia" en 1830, en obsequio de la tercera esposa de Fernando VII.

nes, en tanto aquél procuraba vanamente detenerlas en su huída.

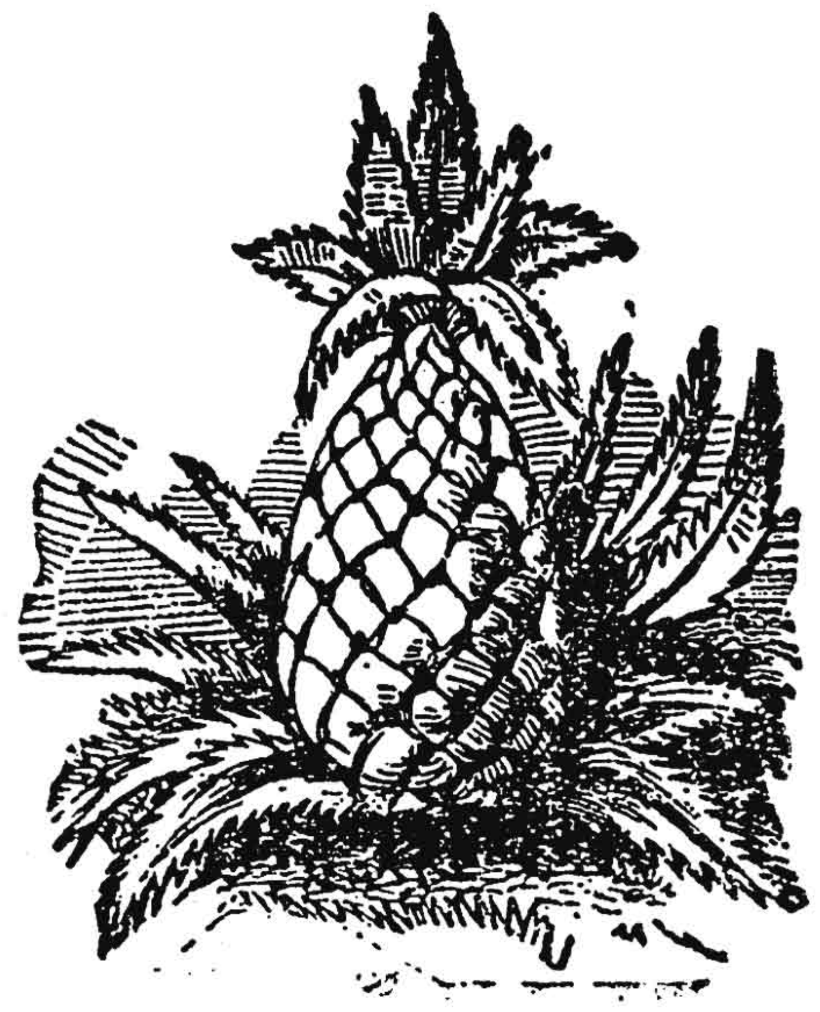
Con semejantes experiencias, llegamos a creer que nuestro cuarto había sido algún tiempo atrás un jardín zoológico, y resolvimos, como medida de precaución, examinar cuidadosamente el interior de las camas y todos los rincones, afortunadamente sin otro ulterior hallazgo de esa naturaleza.

El clima de la Isla de Pinos es perfectamente delicioso, el aire puro, seco, balsámico, y los vientos que vienen del mar y pasan por los bosques de pinos, suaves y vigorizantes.

En la actualidad sólo uno de los manantiales se usa para los baños, y es denominado "Templado", sobre el cual se han erigido las casas de baños con dos compartimentos, uno para hombres y otro para mujeres. Cada compartimiento tiene veinte por seis pies de extensión, con sólido piso de piedra y una profundidad de agua de tres y medio pies. El agua tiene una temperatura de unos ochenta y dos grados Fahrenheit, y está impregnada de oxígeno, áci-



de pinos



do carbónico, magnesia, cloruro de calcio, nitrato de cal y extractos de materias orgánicas.

Por mi personal experiencia estoy en situación de certificar acerca de los beneficios de dichas aguas, tanto en su uso externo como en el interno. Había estado sufriendo por algún tiempo, como ya dije, de una afección bronquial que me obligaba a someter mi garganta a frecuentes toques con cáusticos y sales de cobre, sin que me produjeran ningún beneficio material o permanente. Al venir a la Isla de Pinos, en ningún respecto cambié mi género de vida, cuidando solamente de tomar mis dos baños y beber unos cuatro vasos de agua al día. Con este solo régimen, a los diez días, cuando abandoné la Isla, me sentí completamente curado y desde entonces a la fecha no he vuelto a sufrir de dicha dolencia. Probablemente contribuyeron a la curación, la excelencia de los aires y el cotidiano ejercicio.

La rutina general es tomar el baño antes del almuerzo, bebiendo previamente un vaso de agua, permaneciendo en el baño durante un cuarto de hora. Al salir se vuelve a beber otro vaso de agua, y se retorna al hotel. Por la tarde se repite lo mismo. Cuando yo estuve allí había un buen número de americanos, algunos de los cuales llevaban bastante tiempo de tratamiento, y casi todos derivaron un gran beneficio de las aguas. Un caballero de sesenta años estaba tan débil al salir de los Estados Unidos, que tuvo que ser conducido en una litera al vapor, en Nueva York. Cuando lo conocí en Isla de Pinos paseaba solo a caballo.

No es Santa Fe un lugar recomendable para los que sólo viajan por placer; pero cuando la salud está en peligro, y quizás la vida misma, se sufren sin protesta muchos inconvenientes ante la esperanza de curar. Así y todo, una partida de amigos puede pasar allí el tiempo agradablemente, teniendo la precaución de llevar consigo libros y algunos condimentos y objetos útiles que pueden ser fácilmente adquiridos en La Habana. Si estos manantiales, y el clima delicioso que los rodea, estuvieran en cualquier lugar de los Estados Unidos, Santa Fe llegaría a ser un gran lugar de reunión para los enfermos, con el cual ni Saratoga ni Sharon podrían rivalizar.

Los gastos de vida allí, al presente, son razonables, cobrando el hotel diariamente dos pesos veinte centavos, siendo contados los extras que hay que abonar. Los caballos se alquilan a precios muy baratos, un peso o peso y medio por una tarde. Hay también algunos buenos carruajes de dos caballos, que se pueden utilizar todos los días excepto aquellos en que llega el vapor.

En la vecindad de Santa Fe, y de hecho en casi toda la Isla, el terreno es casi llano; pero hay hermosas sendas y caminos que conducen a lugares algo distantes, donde el terreno se presenta ondulado y aun montañoso. Está tan poco poblada la Isla que sólo a grandes distancias se encuentran haciendas dedicadas a la cría de ganado y al cultivo de algunos vegetales. Con todo, aquí vi la mayor plantación de piña, de la cual ya me habían hablado antes de venir, y creo que hay otras más en esta Isla, así como en Baracoa. La piña se cultiva de diferente manera a como estamos acostumbrados a ver en nuestros invernaderos. Aquí se cultiva la piña, de la misma manera que nosotros las coles, y a cierta distancia la apariencia de un campo sembrado de piñas pudiera confundirse con un campo de coles. Cada planta no produce más que una piña a la vez, y cuando ésta está madura, se arranca y la planta se poda, no dejándole más que el tallo. Retoña luego por tres o cuatro lugares y de nuevo florece. Tengo entendido que para la cosecha de las piñas no hay época determinada, separándose de la mata a medida que maduran.

Los habitantes de la Isla son sencillos, y muy aficionados a conversar con los extranjeros. Poseen una dignidad natural, una manera cortés de ofrecer hospitalidad, y a la vez un tal grado de espontaneidad y ausencia de los convencionalismos sociales, que realmente encantan y nos sorprenden por su misma rareza. Algunas de sus costumbres no dejan de chocarnos, como por ejemplo, la de permitir a sus hijos andar completamente desnudos. Esta práctica no la hemos visto solamente en la Isla de Pinos, sino en toda la Isla de Cuba.

En uno de los hoteles de Santa Fe, favorecido principalmente por los cubanos, había un salón de billar, con una mesa que clamaba ya para el retiro, en la que mi amigo y yo pasábamos nuestras horas de recreo después del baño, estimándose el propietario por bien pagado al recibir diez centavos por cada partida que jugábamos. Eramos sus únicos parroquianos, si exceptuamos de tarde en tarde a un grupo de ruidosos campesinos que se entregaban a un excitante juego a los palos. Este es el principal juego al billar de los cubanos.

La Isla de Pinos es generalmente llana, con ligeras ondulaciones, cruzada por cadenas de montes cuya altura no permite darles el nombre de montañas. En su parte sur hay un inmenso pantano, conocido por "La Ciénaga"; una vasta marisma, con agua y rocas, totalmente deshabitada, excepto por salvajes pescadores, y sin medio de acceso, a no ser por una peligrosa e insegura vereda por la parte de tierra, o en bote por la parte del mar, empleándose en la travesía dos días desde Nueva Gerona. Por lo que me contaron los habitantes, esta ciénaga ofrece interés para el viajero científico. En el punto conocido por Cabo Francés hay un pequeño cayo o islita que se comunica con aquél, que es un lugar constantemente habitado por las más grandes especies de cocodrilos, debido a lo cual es conocido por el Cayo de los Cocodrilos. En la playa del Cabo, se encuentra, además, una innumerable cantidad de hermosas conchas de raras especies, así como formaciones coralinas. No tuvimos tiempo de visitar aquel lugar, pero el viajero que desee hacerlo le será fácil conseguir un guía y un bote.

Lugar que todo viajero que va a la Isla debe visitar, es el Cerro de los Cristales, una altura situada muy al centro de la Isla y a unas doce millas de Santa Fe. Una partida de nosotros, formada de señoras y caballeros, celebramos allí una fiesta en una espléndida mañana de marzo, almorzando al pie del monte. Eramos en total ocho personas, y salimos a las seis de la mañana, montados a caballo.

Nuestro camino fue por entre un paisaje agreste y hermoso, ya por entre un rumoroso pinar, ya cruzando algún murmurante y plateado arroyo, ya subiendo a lo alto de una loma para obtener una vista general del país que nos circundaba. Aún en aquellos sugestivos lugares nos divertimos con varias *cosas de Cuba*,(2) como por ejemplo, el *trapador de palmas*, un muchacho negro completamente desnudo, quien, utilizando sólo sus manos y rodillas, subía por el liso tronco de una palma con agilidad de un mono joven; y las verdes cotorras que nos ensordecían con sus chillidos. Después de tres horas de grata jornada, llegamos al pie del Cerro de Cristal, y como nos sentíamos con gran apetito, antes de intentar el ascenso procedimos

(2) En español en el original.

a almorzar a orillas de un arroyo, con el suave césped bajo nuestros pies y las pencas de las graciosas palmas meciéndose sobre nuestras cabezas. Concluído el almuerzo, volvimos a montar en los caballos y procedimos a la ascensión.

Aunque el Cerro de los Cristales no es muy alto, como está situado en una meseta, desde su cima se domina una gran extensión de terreno, que puede considerarse como uno de los más bellos panoramas de la Isla. El cerro debe su nombre a la gran cantidad de cristales de roca encontrados alrededor de su base y sus faldas. Es árido y rocoso, sin más vegetación que unos matorrales macilentos y algún raquítico y aislado árbol. El espectáculo de que se goza desde su cresta, es sorprendentemente bello. Se ve, tendida a nuestros pies, toda la Isla, como si nos encontráramos en el centro de un mapa. Al norte, son claramente visibles los montes de Nueva Gerona; al sur, la cadena de montes conocida por Sierra de la Cañada, cerca de mil quinientos pies de altura, tapando a nuestros ojos la gran ciénaga; mientras que por el este y el oeste distinguimos montes y valles; y el distante y como esfumado mar, que casi se confunde con el firmamento. ¡Qué soberana impresión de quietud se experimenta! Ni un sonido, apenas si el leve hálito de la brisa, y por encima del paisaje ni un signo de vida. ¡Qué sentimiento de melancólica solemnidad sobrecoge al que contempla una tal escena, tan agreste, tan tropical! La misma quizás de los días del gran Colón, que fue el primero en desembarcar en estas playas, o de cuando, más tarde, los osados bucaneros, cargados de botín, volvían de sus expediciones marinas para ocultar el producto de sus robos y gozar de las delicias de sus orgías en la quietud de la Isla.

Se asegura que los corsarios frecuentaban mucho esta Isla, habiéndola convertido en refugio y cuartel general de operaciones, y desde la cual salían para distintas expediciones. Sea debido a ésta u otra causa, es lo cierto que la Isla goza de mala reputación entre las autoridades españolas, que aun en los actuales días la utilizan como lugar de deportación para aquellos individuos de mala fama, vagos y borrachos, así como para los acusados de delitos políticos, todos los cuales viven aquí en libertad mezclados con los habitantes de los pueblos.

De vuelta al hotel nos detuvimos por corto tiempo en una casa de campo para resguardarnos de los ardientes rayos solares del mediodía, a la vez que tener un rato de charla con la *guajira* que en ella moraba. Estando allí tuvimos ocasión de divertirnos, y algunas de las señoras sentir cierta aprehensión con la llegada de un negro fornido, vestido tan sólo con unos destrozados pantalones, que conducía, atado con una cuerda, un magnífico ejemplar de *iguana,* animal de los más repugnantes de cuantos en mi vida he visto. El negro trató de venderlo a alguno de nosotros.

—¿Qué quiere que haga con este animal? —le preguntó una señora.

—Comerlo.

—No lo haría ni aunque me estuviera muriendo de hambre.

—Podría ponerlo en su casa como un animal raro, señora.

No hubo modo de que el negro hiciera negocio.

En passant, permíteme lector un amistoso consejo; no des tu ropa a una lavandera en el hotel, a menos que el propietario no salga garante por ella, pues así evitarás resultados desagradables y escenas más enojosas de lo que puedes imaginar. Os cobrarán veinticinco centavos por cada pieza, y cuando os la traigan, probablemente haréis lo que nosotros: arrojar la ropa en el suelo y bailar sobre ella una danza guerrera, ante la sorpresa y el horror de la voluminosa negra, a quien graciosamente informamos que hubiéramos deseado fuera un hombre para tener el placer de hacer de ella una "tortilla", por haber perdido, roto y manchado nuestra ropa con la excusa de lavarla.

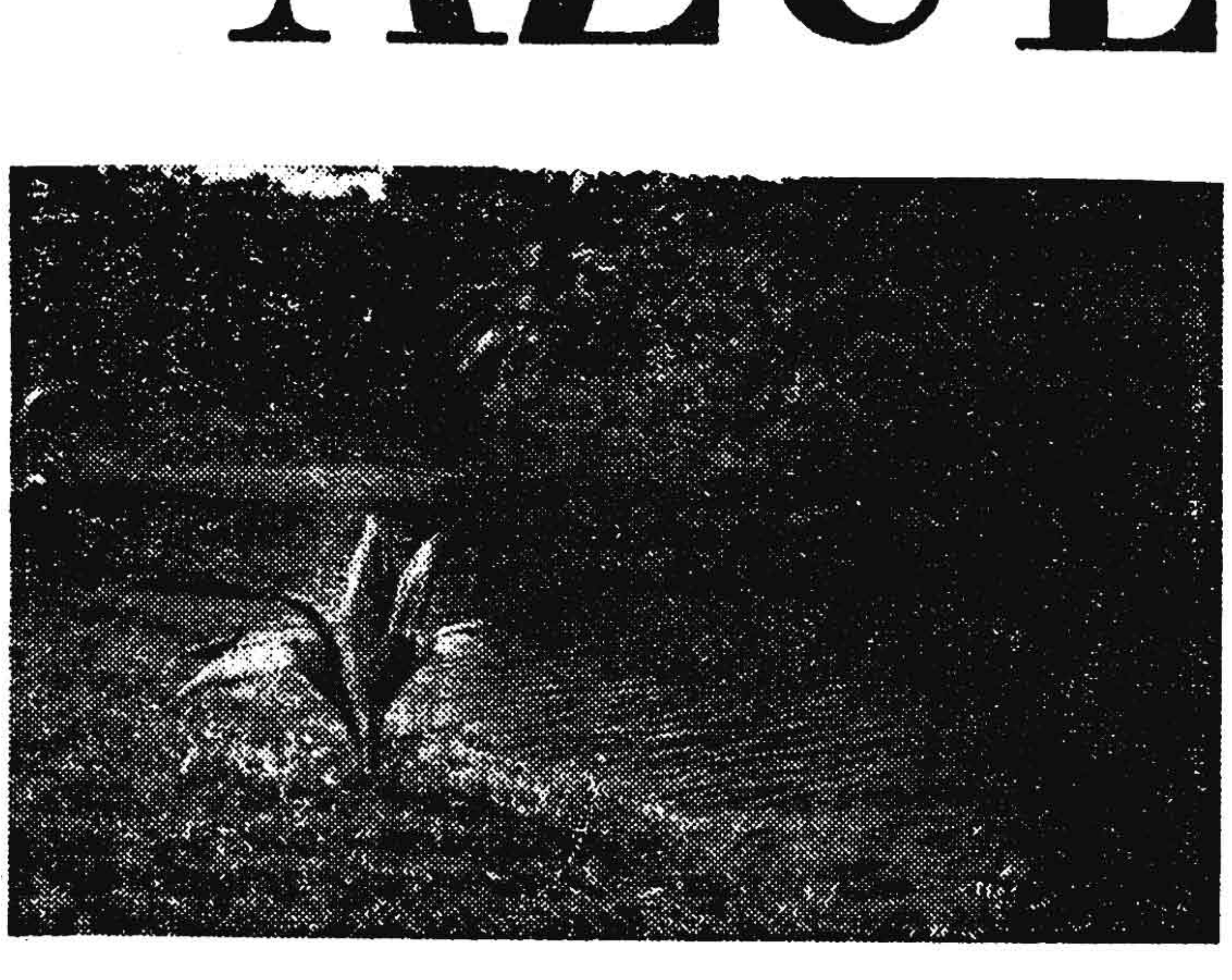
Abandonamos la Isla con una nueva experiencia. El vapor zarpaba a las once; ordenamos que se pusiera nuestro equipaje en un carretón, para que fuera conducido "por expreso", como se nos dijo, a las ocho, en tanto nosotros nos quedábamos a almorzar, lo que efectuamos con entera satisfacción, no obstante las repetidas llamadas que nos hacían de que el carruaje iba a salir.

Habíamos propuesto que nuestro equipaje se llevara en el mismo carruaje, pero no se nos permitió, pues se trataba de un coche de dos caballos, de limitada capacidad, a su decir, y debía salir tres horas antes de que zarpara el vapor, no obstante que se trataba de un recorrido de seis millas. Tomando las cosas con calma, dijimos al hotelero que en todo caso nos consiguiera otro carruaje, lo que no pudimos lograr, ni como gracia ni con dinero; pero nos arreglamos de manera de demorar nuestra partida. Así y todo, al llegar al punto de embarque, todavía tuvimos que esperar una hora, pues no era cosa de partir sin nuestros equipajes. Al fin aparecieron conducidos "por expreso" en una gran carreta tirada despaciosamente por cuatro bueyes, sobre la cual estaban colocadas nuestras pequeñas maletas. Un pobre joven, de Maine, en los últimos grados de la tisis que había venido aquí con la esperanza de alguna mejora, estaba con nosotros, y retornaba a la tierra natal para morir en ella, habiéndole asegurado los médicos que era ya demasiado tarde para que las aguas le curaran o mejoraran siquiera. No pude menos que sentir lástima por el desgraciado cuando le dejamos en el muelle de Batabanó, sentado sobre su baúl, en tierra extranjera, entre gente extraña con quienes no podía entenderse, pues no sabía el idioma. Le recomendé lo mejor que pude a las personas que allí quedaban, le dije adiós y le desee un feliz retorno al seno de los suyos, a los que sin embargo no debía volver a ver. Murió a bordo del vapor americano que lo conducía a la patria.

Si el lector no se siente favorablemente impresionado con mi descripción de la Isla de Pinos, no es mi culpa. Escribo de acuerdo con mis experiencias personales: mucho placer, algunas molestias y un duradero beneficio para la salud. Los gustos difieren. Quizás el lector estará en condiciones de gozar más, y si está enfermo, le aconsejo un viaje de prueba. Puede partir de La Habana en el tren que sale los jueves por la mañana, y si no se siente agradablemente impresionado por el ambiente de la Isla, volver al siguiente lunes por la noche, y si prefiere ir por la costa sur, toma el vapor en la mañana del mismo lunes en Batabanó para dirigirse a Trinidad. *"Quand on voyage on apprend".*

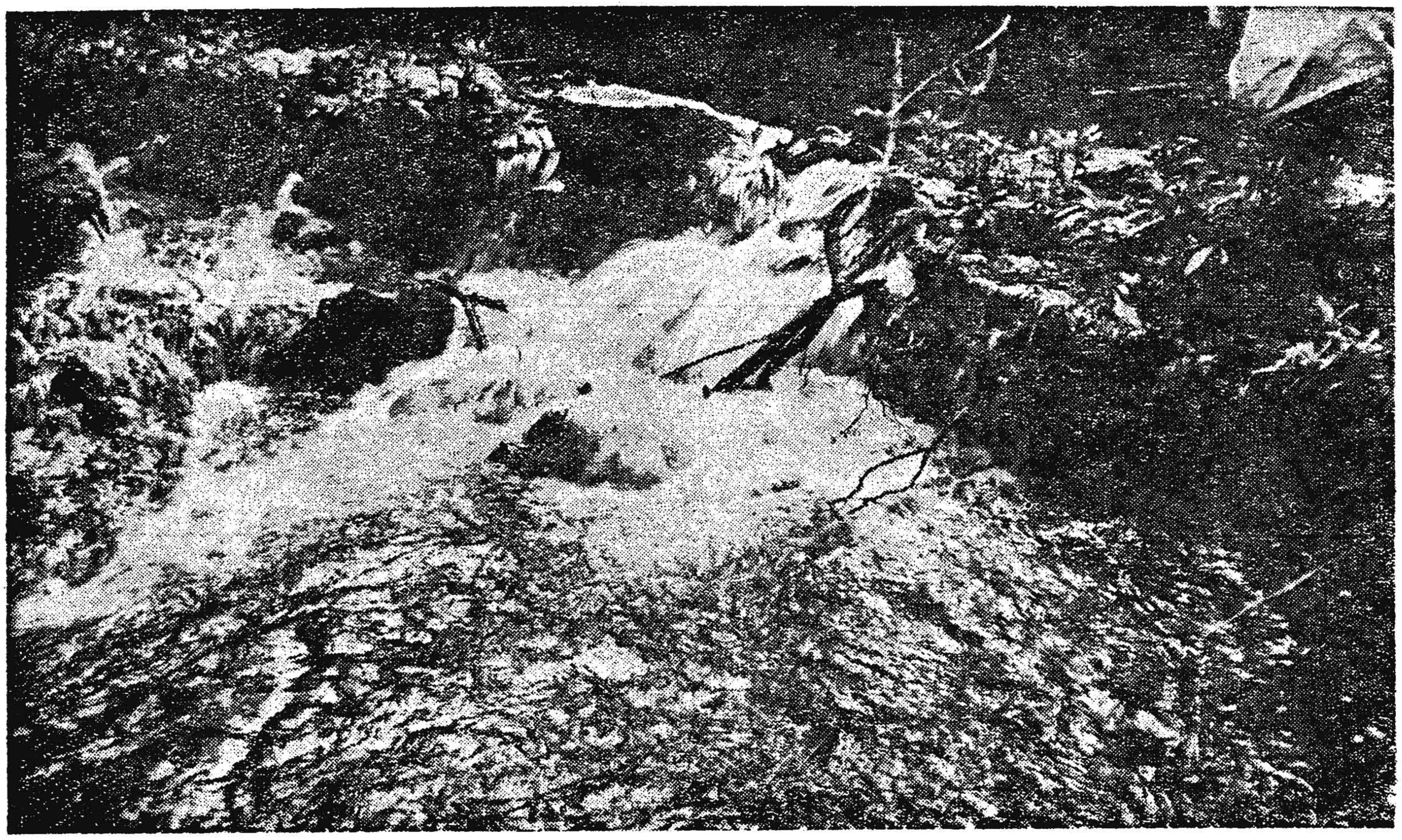
ES LA MANERA DE SER AZUL

poema inédito de Mariano Brull



SI, SI, YO TENGO UN BUCARO
DE FLORES
Y TAMBIEN TENGO UNA CRUZ
Y TENGO, ALLA, EN EL JUCARO
MI CABAÑA.
AGUA—LUZ

Isla de Pinos
Enero 1953



memoria de una ISLA

por Calvert Casey

La visita

Ahora el lugar tiene un terrible nombre turístico que quizás muy pronto desaparecerá. Se llama Joe's Jungle. Lo dice un rótulo muy recortado y pulido a la entrada, con pretensiones de rústico. El cartel y el nombre son un símbolo de lo que iba a ser la Isla, una nueva Florida, con "diversiones planeadas" y bosques urbanizados, un inmenso terreno de "parqueo" con olor a gasolina, paraíso de especuladores en bienes raíces. El rótulo sabe a excursión con guía aburrido y propina preconvenida, a "jungla" de plástico y a leones pintados con vynil, que resiste la intemperie.

Cuando yo lo conocí no había rótulo. Era durante el interregno entre dos invasiones, de las que hablaré después. Uno iba a visitar a la señora de la finca, a descansar un rato, de regreso de una cabalgata que nos acercaba un poco al improbable y lejano Sur, última Thule de los pineros, el vasto y desolado Mediodía de la Isla. A la finca se entraba por una avenida de los árboles más espesos que yo había visto. Después supe que Jones, el propietario, había hecho venir de la India raros ejemplares de plátanos, de palmeras, de árboles del pan, que se aclimataron inmediatamente al país y se mezclaron con sus semejantes de aquí y con el guayacán y la yagruma. Era la selva que asombró a Colón con su inmensa variedad, cuando se asomó a ella por primera vez remontando el río en Baracoa, y los indios le agradecieron el cumplido inesperado con el espléndido regalo de unos papagayos que le alcanzaron a nado.

Para mí, procedente del árido mundo de concreto de La Habana, era la primera visión del bosque cubano antes de la bárbara quema, del aposento inofensivo de lo maravilloso y lo gentil de un mundo de plácidas conjuras que nunca llegaban más allá del griterío del cao.

En un claro, como una isla en constante peligro de ser devorada por el bosque al menor descuido, una extraña casa tejida de bejuco y madera, de alta techumbre de cobija y dos aguas. También supimos después que la inusitada vivienda es lo único que perdonó el huracán del año 26, que barrió con la casa de vivienda y privó a la Isla por muchos años del escándalo de las cotorras. Una anciana viene a recibirnos, muy risueña y pausada. Nos ofrece sillas, modales anticuados, un coco. Vive sola, completamente sola, en medio del bosque, agarrada a lo que le dejó el huracán. Nos preguntamos de qué vive porque en la finca no hay siembras. Posiblemente de recuerdos. La rodean antiguos muebles de mimbre, esmaltados de blanco, hace muchos años. El salón es un monumento al barroco de mimbre, al arabesco de bejuco. En los anaqueles, sobre las viejas cómodas, los recuerdos de la señora contemplan a los visitantes. Son pálidas estudiantes inglesas, recién graduadas del curso de 1880, jóvenes novatas enlazadas por la cintura cuya frescura oculta la amarillez y la humedad de sesenta años.

La señora pide noticias del mundo exterior.

—¿Es cierto que cayó Machado?

—Sí, pero ya hace años.

—Ah, sí.

Alguien pide noticias de Tim. ¿Cómo está? ¿se le ha visto últimamente?

—Ahorita viene, ya debe tener hambre, anda perdido, dice la señora.

Hay en el rostro de la anciana una extrema paz, el contento de los que agradecen los días y no piden nada. Quizás el difunto señor tenía capacidad para amar algo más que sus plantas. Llegan más visitantes y los ojillos aumentan su brillo. La señora agradece las visitas, son su única distracción en las largas ausencias de Tim, su único acompañante vivo.

A los adioses, llega Tim, que además de hambre debe haber sentido curiosidad. Lentamente se desprende de la viga desde donde sin duda ha estado observándonos desde que llegamos. Es un enorme majá, de varios pies de largo. En sus lentos movimientos hay un elemento hipnótico que sobrecoge a los visitantes. La pesada bestia atraviesa la pieza pegada a un muro. En sus ojos sin párpados hay la misma mirada fiera de todos sus mortales hermanos, la terrible expresión de ira diabólica de todos los ofidios. Pero Tim, como todas las bestias de Cuba, es inofensivo. Y además es fiel a su vieja amiga. Con seguro reptar, se dirige a la despensa donde seguramente le aguarda alguna golosina que él deglutirá lentamente, de vuelta en su observatorio de la cobija de guano, como postre para alguna rana descuidada.

La anciana nos despide debajo de los plátanos de la India con su pequeña sonrisa bondadosa. Cuando se retira con paso menudo, los plátanos vuelven a cerrarse tras ella.

Paradiso.

Quien como Milton aún confíe en encontrar el "confín para siempre perdido" que vaya a Santa Fé, cruce el río, atraviese la plaza y tome hacia el monte por una calleja lateral. Allí, a pocos metros, está la antesala del Paraíso. Inútil avanzar más. Sería demasiado ambicioso y co-

rreríamos riesgo de no volver a encontrarla jamás. El paraíso está aquí en la tierra si tomamos la buena ruta de ómnibus. Cuatro enormes laureles son los pilares de este reino inesperado de la felicidad. No hay que buscar más, aquí está, aquí cesan todos los dolores. Como si el verde no fuera suficiente para dulcificar todas las ambiciones, los millones de hojas de los cuatro laureles filtran la luz y actúan como un elemento refrigerante sobre la brisa. Se concibe morir. ¿Extraña que Martí sanara de sus recuerdos del presidio político cuando parecía lesionado para siempre por el infierno de cal de San Lázaro?

La isla abunda en paraísos, y la vecina Cuba también. Pudiera abundar más si amáramos más los generosos gigantes verdes, si nos enteráramos de que la sombra de un laurel produce al mediodía más felicidad que diez unidades de aire acondicionado. Lo hemos olvidado. Quizás algún día volvamos a aprenderlo.

Cuentos

La isla, deshabitada durante largo años, olvidada de españoles y cubanos, es lugar propicio a la leyenda y a los cuentos. A fines del siglo XVIII un viajero inglés decía que la Evangelina sólo estaba habitada por cotorras y judías, y que de vez en cuando alguna solitaria figura humana atravesaba los caminos.

En tal desolación, la imaginación de los seres humanos busca colmar los vacíos, con vivos o con aparecidos, o con ambos.

El legendario Sur es centro favorito de lo extraordinario. Inmensa llanura bordeada de mangles y de playas, a ella sólo llegan, hasta que la carretera la comunicó con el resto de la Isla, las goletas que venían a buscar el carbón hecho por carboneros vascos y sus hijos, o algún que otro cazador. Tierra de larga soledad. Dicen que un fabuloso incendio estuvo ardiendo dos años sin que nadie lo pudiera apagar, y destruyó caobos y cedros que tres hombres no podían abrazar. El humo se veía desde el centro de la isla y cuando creían apagada la conflagración la llamarada maldita volvía a encenderse luego que escurrían los aguaceros. Se oyen historias de cazadores muertos de sed, de carboneros asesinados y enterrados, sin que la noticia llegara a ningún juzgado, cuya muerte abría un largo ciclo de venganza. Todo esto está en contradicción con la vida en Santa Fé, donde los moradores tienen a orgullo no cerrar nunca una puerta.

La vida anterior al siglo XIX es casi desconocida, vaga. Las comunicaciones con Cuba eran lentas ¿quién iba a aventurarse a vivir en la lejana Evangelina? Stevenson leyó alguna memoria de piratas del XVII e instaló allí la primera leyenda. Esto, y la soledad de las grandes cuevas, el melancólico Cerro de los Cristales, confirmaron la atmósfera de leyenda de aquella parte de la Isla donde nunca llegaban los viajeros.

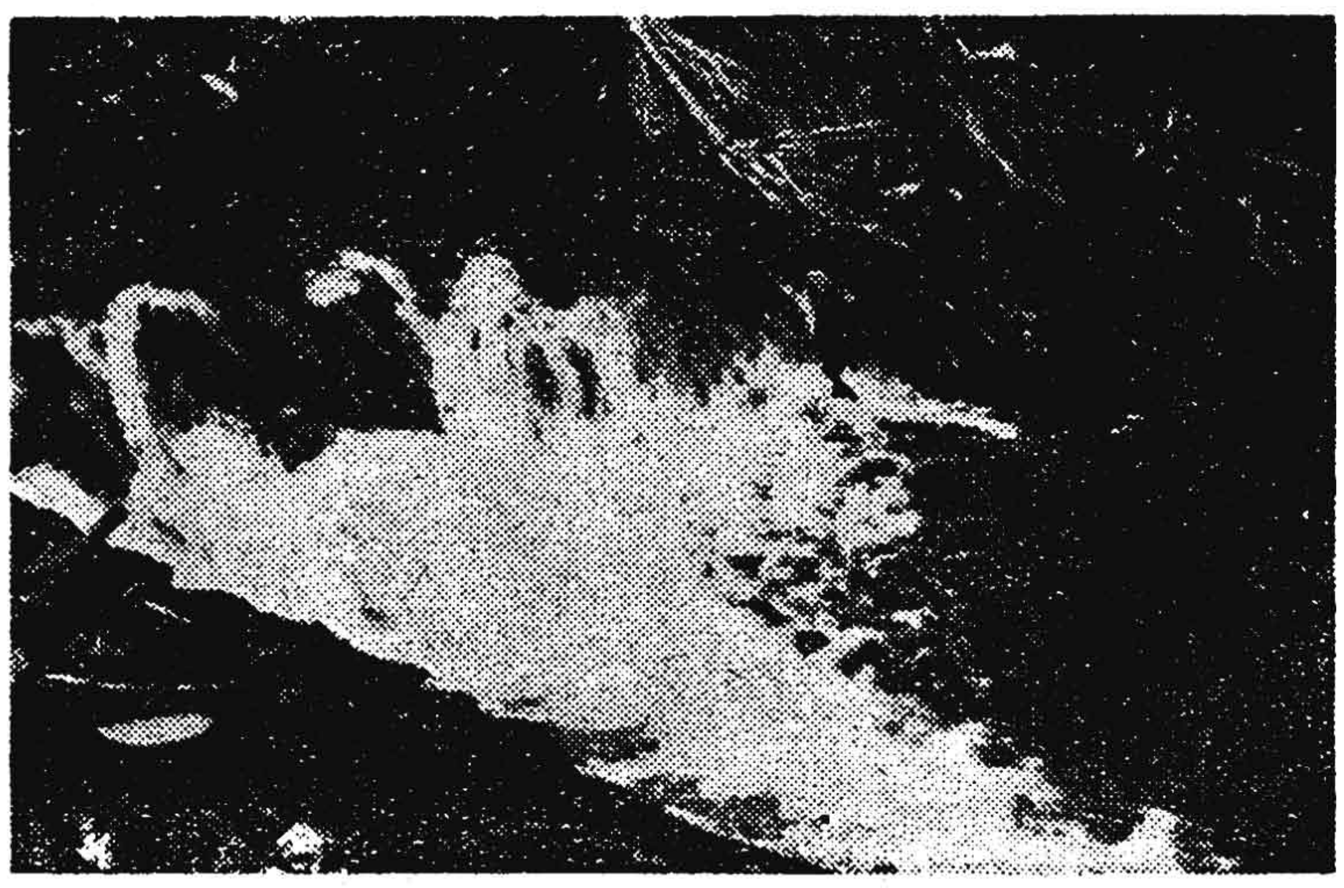
La Guerra Grande tuvo su parte de culpa. Hacia 1873, año de grandes desastres cubanos, comenzaron a llegar a la Isla, cuando llegaban, en botes, en míseras cachuchas fugitivos del Camagüey desolado por Balmaseda, buscando un refugio donde esperar el fin de la guerra o la victoria de las armas cubanas. Nacieron en las cuevas los primeros palenques mambises, junto a los palenques de esclavos. Durante años vivieron escondidos los fugitivos, alimentándose de plantas y de alguna jutía que se dejaba agarrar, saliendo sólo de noche de las cuevas, para que nadie viera los harapos a punto de caer ni los rostros espectrales. Se cuentan escenas de locura, crímenes, noches de espanto, en la inmensa desolación de la Isla.

La primera invasión norteamericana tuvo lugar hacia 1900. Creyendo poder retener la Isla, los risueños invasores invirtieron enormes cantidades en plantaciones y hoteles. Una activa campaña de prensa y un fuerte laborantismo dentro de la Isla contribuyó a que el tratado que reconocía la soberanía de Cuba, firmado en 1903, no fuera ratificado hasta veinte años más tarde por un Senado que no perdía la esperanza de venir a pasar la vejez en la bella posesión. Cuentan que cuando llegó a la Isla la noticia de la ratificación algunas familias abandonaron abruptamente sus posesiones, libros, mobiliarios, vajillas, ropas, en un súbito rapto de ira y de exclusivismo, y tomaron el primer vapor. El ciclón del 26 se encargó del resto. Además de destruir cotorras y pinares, dejó sólo el casco de algunas bellas propiedades. Tres escalones de mármol de una escalera trunca y dos columnas dóricas son el rastro de una mansión derruída. Una larga verja de piedra y hierro cerca de Santa Fé es todo lo que queda de una gran villa, que hizo erigir la terquedad. Las ruinas melancólicas abundan, para el que sabe mirar, no lejos de las nuevas construcciones del INIT, y de las construcciones de la segunda reciente invasión, también fallida.





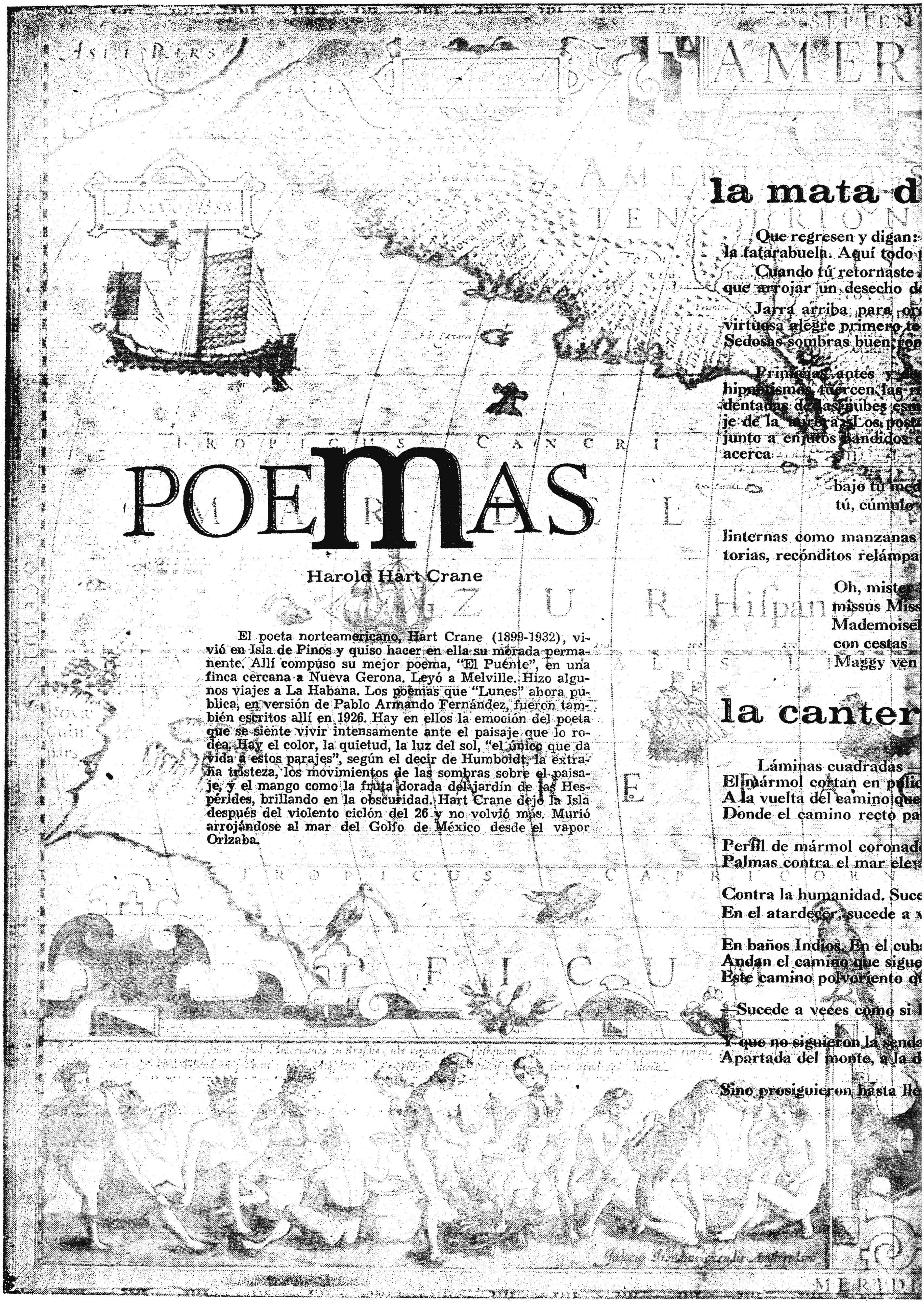




Aguas.

Santa Fé es, desde siempre lugar de aguas infinitas. La circunda el agua, que corre por el río en pequeñas cascadas. En el subsuelo trabaja el agua para salir. No menos de cuatro manantiales aportan su caudal, muy cerca, a este mundo de aguas. Y por las tardes, el cielo se desborda en tremendos aguaceros de una fuerza desconocida en otros lugares de Cuba. Dentro de una poceta, mientras cae el chaparrón, nos sentimos de pronto hermanos de Noé, en un mundo de donde todos los demás elementos han desaparecido y sólo queda el agua y las descargas mortales de los rayos.

Una noche, en aquel mundo líquido, mientras los árboles destilaban el agua del día, y toda el agua del mundo parecía congregarse a mi alrededor, yo oí una mujer cantar adentro, en lo más profundo de la poceta radioactiva, por entre las piedras del tibio manadero desde donde era posible atisbar el centro de la Tierra, que algunos creen ígneo y yo supongo femenino y húmedo.



POEMAS

Harold Hart Crane

El poeta norteamericano, Hart Crane (1899-1932), vivió en Isla de Pinos y quiso hacer en ella su morada permanente. Allí compuso su mejor poema, "El Puente", en una finca cercana a Nueva Gerona. Leyó a Melville. Hizo algunos viajes a La Habana. Los poemas que "Lunes" ahora publica, en versión de Pablo Armando Fernández, fueron también escritos allí en 1926. Hay en ellos la emoción del poeta que se siente vivir intensamente ante el paisaje que lo rodea. Hay el color, la quietud, la luz del sol, "el único que da vida a estos parajes", según el decir de Humboldt, la extraña tristeza, los movimientos de las sombras sobre el paisaje, y el mango como la fruta dorada del jardín de las Hespérides, brillando en la obscuridad. Hart Crane dejó la Isla después del violento ciclón del 26 y no volvió más. Murió arrojándose al mar del Golfo de México desde el vapor Orizaba.

la mata d

Que regresen y digan:
la fatarabuela. Aquí todo
Cuando tú retornaste
que arrojar un desecho d
Jarra arriba para or
virtuosa alegre primero te
Sedosas sombras buen rop

Primicias antes y
hipnotismos tuercen las
dentadas de las nubes esm
je de la aurora. Los post
junto a enjutos bandidos
acerca

bajo tu med
tú, cúmulo

linternas como manzanas
torias, recónditos relámpa

Oh, mister
missus Miss
Mademoisel
con cestas
Maggy ven

la canter

Láminas cuadradas —
El mármol cortan en p
A la vuelta del camino que
Donde el camino recto pa

Perfil de mármol coronad
Palmas contra el mar elev

Contra la humanidad. Suce
En el atardecer, sucede a

En baños Indios. En el cuba
Andan el camino que sigue
Este camino polvoriento q

—Sucede a veces como si

Y que no siguieron la senda
Apartada del monte, a la d

Sino prosiguieron hasta lle

POEMAS

Harold Hart Crane

El poeta norteamericano, Hart Crane (1899-1932), vivió en Isla de Pinos y quiso hacer en ella su morada permanente. Allí compuso su mejor poema, "El Puente", en una finca cercana a Nueva Gerona. Leyó a Melville. Hizo algunos viajes a La Habana. Los poemas que "Lunes" ahora publica, en versión de Pablo Armando Fernández, fueron también escritos allí en 1926. Hay en ellos la emoción del poeta que se siente vivir intensamente ante el paisaje que lo rodea. Hay el color, la quietud, la luz del sol, "el único que da vida a estos parajes", según el decir de Humboldt, la extraña tristeza, los movimientos de las sombras sobre el paisaje, y el mango como la fruta dorada del jardín de las Hespérides, brillando en la obscuridad. Hart Crane dejó la Isla después del violento ciclón del 26 y no volvió más. Murió arrojándose al mar del Golfo de México desde el vapor Orizaba.

la mata de mango

Que regresen y digan: De nuevo te sonrojas por la tatarabuela. Aquí todo parece Navidad.

Cuando tú retornaste Paraíso sucedió que tuve que arrojar un desecho de goma de mascar.

Jarra arriba para orquestada prendida jarra virtuosa alegre primero te oprimieron las arañas. Sedosas sombras buen [illegible] interior para los búhos.

Primicias antes y [illegible] hipnotismos tuercen las [illegible] de oro. Las ruedas dentadas de las nubes esmeraldas salpican el follaje de la aurora. Los postreros profetas opulentos junto a enjutos bandidos en cuclillas y el ocaso se acerca

bajo tu mediodía
tú, cúmulo de sol cuyas

linternas como manzanas en sazón borbotean historias, recónditos relámpagos, irisados

Oh, mister Señor
missus Miss
Mademoiselle
con cestas
Maggy ven

la cantera isleña

Láminas cuadradas —en la cantera, allí donde
El mármol cortan en pulidas losas
A la vuelta del camino que rodea los pies del monte
Donde el camino recto parece serpentear bajo la peña, aquel fiero
Perfil de mármol coronado de
Palmas contra el mar elevado del poniente, y tal vez
Contra la humanidad. Sucede a veces.
En el atardecer, sucede a veces, como si esta isla alzada flotara
En baños Indios. En el cubano atardecer los ojos
Andan el camino que sigue el trueno—
Este camino polvoriento que la sombra de la cantera platea.
—Sucede a veces como si los ojos abrazados y alegres
Y que no siguieron la senda emulante de la cabra,
Apartada del monte, a la derecha —desde entonces a llorar y dormir—
Sino prosiguieron hasta llegar al mármol que no llora.

oh, isla del Caribe

La ruidosa tarántula al pie de la azucena.
Al otro lado de los pies de los muertos, enterrados en la inocente arena
Junto a la playa coralina —ni siquiera zigzaguean cangrejos violinistas
En zancos tambaleantes saliendo del camino (que desvían, trastornan
Y forman anagramas con tu nombre) No, nada aquí
Bajo el temblor que un eucalipto eleva
En estrujadas sombras— gime.

Sin embargo imagina
Que yo cuento esqueletos nacarados de la muerte en el trópico,
collares de conchas rodean cada tumba
Encuadrados tan cuidadosamente. Luego

A la inocente arena tal vez le diga un nombre, fértil
Si bien en lengua extraña. Tal vez podría considerar
Nombres de flores, nombres de árboles, negar
podría la cripta frágil de la muerte. En tanto
El viento que se anuda en una muerte espléndida—
Se enreda y sale. Así las sílabas ansían respirar.

¿Pero dónde está el Capitán *pata de palo* de la isla del doblón
sin torniquete? ¿Quiénes si no cangrejos de señuelo
Rondan las ingles áridas del matorral?
¿Qué hombre, o Qué
Es el Comisario del modo que cubre todos los sentidos emboscados?
Sus Cálculos Caribes tejen telaraña en las retinas calcinadas!

Y el flamboyán de un mediodía o una tarde, a su sombra tendido
Que la encendida floración torne la luz, tonza, y entregue mi ánima
Tamizada, a ascender, clara y obscura en alto por los aires
Hasta encontrar el bufonesco posadero del azur.

Que no vuelva otra vez a verse el peregrino
destinado a la lenta evisceración como enormes tortugas
Al muelle cada amanecer, la costra de salmuera de sus ojos;
—Clavados, boca arriba; tal estruendo en su esfuerzo!
Escondiendo en el huracán —Yo, lanzado a su corriente
Congelado por las tardes, aquí de raso y vacío.
Satanás, me entregaste la concha, —carbónico amuleto
Agostado de sol fulminado en el mar.



mango

nuevo te sonrejas por
rece Navidad.
raíso sucedió que tuve
goma de mascar.
stada prendida jarra
rimieron las arañas,
interior para los
búhos.
as de oro. Las ruedas
aldas salpican el folla
os profetas opulentos
cuclillas y el ocaso se

día
sol, cuyas

sazón borbotean his
s, irisados

or

isleña

la cantera, allí donde
losas
odea los pies del monte
ce serpentear bajo la
peña, aquel fiero
de
o del poniente, y tal
vez
a veces.
es, como si esta isla
alzada flotara
atardecer los ojos
trueno—
la sombra de la
cantera platea.
ojos abrazados y
alegres
semulante de la cabra,
echa —desde entonces
a llorar y dormir—
al mármol que no
llora.

oh, isla del Caribe

La ruidosa tarántula al pie de la azucena.
Al otro lado de los pies de los muertos, enterrados
en la inocente arena
Junto a la playa coralina —ni siquiera zigzaguean
cangrejos violinistas
En zancos tambaleantes saliendo del camino (que
desvían, trastornan
Y forman anagramas con tu nombre) No, nada aquí
Bajo el temblor que un eucalipto eleva
En estrujadas sombras— gime.
Sin embargo imagina
Que yo cuento esqueletos nacarados de la muerte
en el trópico,
collares de conchas rodean cada tumba
Encuadrados tan cuidadosamente. Luego

A la inocente arena tal vez le diga un nombre, fértil
Si bien en lengua extraña. Tal vez podría considerar
Nombres de flores, nombres de árboles, negar
podría la cripta frágil de la muerte. En tanto
El viento que se anuda en una muerte espléndida—
Se enreda y sale. Así las sílabas ansían respirar.

¿Pero dónde está el Capitán *pata de palo* de la isla
del doblón
sin torniquete? ¿Quiénes si no cangrejos de señuelo
Rondan las ingles áridas del matorral?
¿Qué hombre, o Qué
Es el Comisario del modo que cubre todos los
sentidos emboscados?
Sus Cálculos Caribes tejen telaraña en las retinas
calcinadas!

Y el flamboyán de un mediodía o una tarde, a su
sombra tendido
Que la encendida floración torne la luz rojiza, y
entregue mi ánima
Tamizada, a ascender, clara y obscura en alto por
los aires
Hasta encontrar el bufonesco posadero del azur.

Que no vuelva otra vez a verse el peregrino
destinado a la lenta evisceración como enormes
tortugas
Al muelle cada amanecer, la costra de salmuera de
sus ojos;
—Clavados, boca arriba; tal estruendo en su
esfuerzo!
Escondiendo en el huracán —Yo, lanzado a su
corriente,
Congelado por las tardes, aquí, de raso y vacío.
Satanás, me entregaste la concha, —carbónico
amuleto
Agostado de sol fulminado en el mar.

UNA ISLA MAGICA

El hechizo de las islas sobre la mente humana aparece desde temprano en la historia de los pueblos.

Si hoy reaccionamos automáticamente con un gesto de simpatía cada vez que escuchamos un plan de viaje hacia alguna isla del mundo, no es extraño que en esta actitud descubramos una memoria de nuestra infancia, vinculada al pasado de nuestro país, a la religión que nos inculcaron o a la leyenda que nos contaron en la cuna. Y si bien es probable que esta vivencia infantil sea el resultado indirecto de lecturas que algunas personas adultas se encargaron de imprimir a su modo en la cera virgen de nuestro subconsciente, en los primeros años de la vida, no es menos cierto que, en último análisis, descubrimos siempre un mecanismo de tradiciones remotas perpetuadas a través de las gentes y los siglos, hasta llegar a nosotros.

Nuestra idea egocéntrica de Dios requiere un ámbito que puede ser el Universo, o el globo terráqueo, o una isla. Todos los pueblos proveen imágenes antropomórficas del Ser Supremo. Esto explica nuestra voluntad de señorío y nuestra figuración automática de espacio deslindado, de ínsula propia.

Pero el acto de mecer nuestro sueño en la cuna, está directamente ligado al oficio de la nodriza, madre auténtica o prestada y es a ella a quien se debe imputar el principio episódico de nuestras vivencias. El mecanismo de la imaginación creadora ha debido producir a través de miles de generaciones de nodrizas la plástica de los relatos vaciados sobre un núcleo central que puede ser lo mismo un personaje homérico que una ramita de fresno. Los cuentos de la "Madre Oca", vienen, como es natural, a nuestro espíritu. Poco importa la apariencia, porque la esencia es la misma: el sustentáculo materno. No hay duda que bajo su influencia se han elaborado algunos documentos del folklore universal, tales como el Ramayana de los hindúes, los Chih-Nu de los países amarillos, los Argonautas de los griegos, Las Mil y una Noches de los árabes, las Sagas escandinavas, el Popol-Vuh de los centroamericanos. Es todo un mundo exuberante que ha ido creando en nosotros como una especie de instinto cosmogónico, pasaporte gratuito para viajar desde las estrellas hasta el jardín de la casa.

Sistemáticamente, cuando los primeros pueblos cultos definen los contornos del Paraíso donde las deidades que personifican al Dios Bueno desean premiar nuestra conducta de aquí abajo, el sitio que se concreta en este ámbito de bienandanzas toma caracteres de isla.

La Isla de los Bienaventurados, en la mitología griega, está en algún sitio hacia el Océano Occidental, en donde gobierna Cronos, dueño del Tiempo. La misma morada de los dioses, el Elíseo, equivalente a nuestro cielo sagrado, se confundía siempre en las antiguas creencias egeas con una isla. Y es que el hombre moldea sus sueños de acuerdo con su ambiente geográfico, y este ambiente geográfico es para nosotros las islas donde nace la cultura occidental.

La epopeya de Homero no tendría sentido sin el substratum de las islas. Sus héroes han sido los verdaderos fundadores de nuestra Geografía. Para ellos, la Geografía comienza siempre en los archipiélagos y si debemos creer a Platón, los egipcios mantenían tradiciones análogas, a pesar de ser pobladores de un continente.

Fue entre ellos donde Solón obtuvo y transmitió a sus compatriotas la leyenda de la isla Atlántida, esa tradición formidable que tan a menudo aparece en los escritos populares, confundiendo en un mismo territorio los dominios de la realidad y el mito.

Los más antiguos documentos sobre la dispersión de fenicios y árabes hacia Oriente y Occidente han dado materia abundante a siglos de tradiciones insulares. La isla Taprobana, —la moderna Ceilán del té y la goma— fue el jardín preciado de los sacerdotes budistas, y dio pábulo a numerosas leyendas de islas sagradas, pues desde entonces, a medida que los mercaderes que la frecuentan se desplazan hacia Occidente, aparecen islas de sacerdotes sembrando el Océano a través de los mapas y los relatos auténticos de los navegantes.

En el siglo VI después de Cristo se corporiza la isla de San Brandano en algún punto del Atlántico Norte, donde los celtas creían verla cada año, al disiparse las nieblas del invierno.

En las historias transmitidas a generaciones de vascos, portugueses y españoles, la Isla de las Siete Ciudades, la Isla Antilla y la Isla Brasil, fueron países buscados como una realidad geográfica, por los nautas del siglo XV, antes del descubrimiento de América.

La isla de las Siete Ciudades no apareció jamás, Las Antillas se multiplicaron a capricho y más tarde Brasil perdió su fisonomía insular para convertirse en una región continental. Pero tuvieron que pasar muchos años antes de que los navegantes se convencieran definitivamente de que nunca habían existido en su forma primitiva.

Lo más interesante de estos mitos insulares reside en el hecho de que siempre, detrás de las lucubraciones fantásticas de los viajeros, se puede descubrir un fondo de realidades que sólo han sido deformadas por la imaginación y el miedo.

Las islas de los Gigantes y de las Amazonas pueden haber nacido en el relato de Odiseo, si a su vez no son una realidad de tradiciones de la isla de Creta, propagadas por la terrible eficacia de los cultos minoanos.

De hecho estas islas verdaderas, de deidades humanizadas, pero exigentes y sanguinarias, han venido salpicando en todo tiempo las informaciones de los exploradores occidentales para su uso y abuso.

Américo Vespucio inició toda una cadena de creencias cuando habló de los gigantes cobrizos de la isla de Curazao y por su parte Lucas Vázquez Ayllón, explorador de los archipiélagos y las costas norteamericanas, nos habla de los gigantes rubios de la Isla de los Bacalaos, la Terranova actual, lo cual nos lleva a pensar de todos modos en la perdida historia de los vikingos, que primero la poblaron.

Todos estos nautas se recrean a ultranza en la propagación de noticias sobre gigantes comedores de carne hu-



mana. Se ve en todos ellos una mezcla de interés, de superstición y de verdad. Es una especie de culto a la morfología del terror, instrumento adecuado para imponer su propia fe y proteger intereses de castas o simplemente de asociaciones mercantiles, ya vigentes entre los primeros exploradores que sucedieron a Colón en sus empresas.

Con el hallazgo de la América la realidad empieza a plasmar en cierto sentido las travesuras de la imaginación creadora. Colón descubre en las Antillas Menores, auténticas amazonas entre las indiadas caribes, y en su Segundo Viaje, también aparece la Isla de Pinos como una isla de sacerdotes, si bien poco sabemos de sus hábitos o de su cultura. Es el mismo esquema de islas sagradas que reaparece y se extiende por el Golfo de México hasta las Bahamas y las Bermudas.

El mito de las islas, cuando se ausenta como materia de actualidad en los relatos históricos, se incorpora fácilmente a las ficciones novelescas, y la inmortalidad que asegura los éxitos editoriales de La Isla del Tesoro de Stevenson y del Robinson Crusoe de Defoe se perpetúa incansablemente en una especie de movimiento que sigue el curso del sol: las islas del Pacífico, asiento de antiguos dramas desde el explorador Magallanes hasta el artista Gauguin, no parecen ver agotadas sus fuentes de tentaciones extrañas y como consecuencia de la última guerra, donde casi todas ellas han figurado como escenario estratégico más o menos avanzado, sus valoraciones folklóricas han cobrado esplendor, por desgracia no siempre genuino. Las danzarinas de Bali y Borneo, pasan con demasiada frecuencia al dominio industrial del cine, la literatura y el turismo. Aquí también pensamos que la crítica histórica puede hacer una obra útil salvando documentos fehacientes de su naufragio entre bagatelas industriales.

En el dominio de las realidades geográficas las islas mantienen otro tipo de atractivo que no cede en belleza al de los relatos míticos.

Rachel Carson parece encontrar una explicación de índole geológica a esta especie de sortilegio como una respuesta instintiva del hombre, animal terráqueo, dando la bienvenida a un brote de tierra en medio de la abrumadora expansión del Océano. Pero este autor parece tener más presente, al expresar este concepto, el nacimiento de una isla volcánica, porque en efecto son las islas volcánicas, más que las continentales, quienes pueden ofrecer motivo de sorpresa y estudio al hombre de ciencia en sus enigmáticas formaciones geológicas y en la aparición no menos misteriosa de animales y plantas completamente desconocidos en las grandes extensiones continentales.

Las conglomeraciones de rocas aisladas en la soledad de los mares plantean crudamente problemas ecológicos a la sagacidad del pensamiento humano. Fue en el Océano Atlántico donde el hombre moderno empezó a familiarizarse con ellas, constituyendo uno de los objetos de estudios más intrigantes para los nauralistas. El Barón Alejandro de Humboldt, hacia fines del siglo XVIII, inició esta maravillosa etapa de investigaciones biológicas con su "Viaje a los países Equinocciales", y Carlos Darwin, con su expedición del año 1831, a bordo del "Beagle", le dio desarrollo inusitado: fueron los grandes fundadores del naturalismo viajero...

Las islas de Santa Elena, La Ascensión y Tristán de Acuña, han planteado interrogaciones interesantes sobre sus yacimientos de fósiles y el origen de las especies vivas que se registran dentro de ellas con caracteres más o menos endémicos o propios.

En el Océano Pacífico el problema parece repetirse al infinito y las cuestiones suscitadas por la ecología de los archipiélagos desde Hawaii hasta las Aleutianas por el Norte y los puntos de recalada de Guam hacia el Oeste, de Tuamotú por el Sur, y de las Galápagos por el Este, comprenden una área enorme de enigmas geográficos algunos de los cuales han pasado de la literatura científica al dominio popular.

Las islas volcánicas han retenido mayor interés en la historia humana con sus episodios espectaculares, como la famosa Krakatoa en el Estrecho de la Sonda, que ha ofrecido explosiones esporádicas desde 1680. Puede decirse que la explosión de esta isla en agosto de 1883 fue el punto de

por Filiberto Ramírez Corría

partida de las observaciones documentadas más fascinantes en el orden de las Ciencias Naturales, pues ha permitido observar la aparición y desaparición sucesiva de extraños seres en los rangos más inferiores de la flora y la fauna, que logran desarrollarse entre los períodos interexplosivos. Es de esperarse que una etapa semejante quede abierta en las áreas experimentales de las explosiones atómicas, (Bikini, Eniwetok, Baykal, etc.), donde —si la torpeza humana no se empeña en impedirlo definitivamente, podrán observarse fenómenos biológicos que den una respuesta convincente sobre el origen de las especies, fundado en fenómenos radioactivos, que operan sobre los seres vivos en su habitat original.

El hombre de las islas Galápagos va indisolublemente unido al del naturalista Carlos Darwin: todavía en lee con delectación renovada su descripción de aquellas islas pobladas de tortugas gigantescas, de fantásticos lagartos negros, de leones marinos, de pájaros extraños, viviendo en una especie de Edad de Oro entonces no perturbada por la crueldad humana. Fue, según se cree, meditando sobre el origen y la variedad de todas estas especies de las islas Galápagos, que halló la clave de su pensamiento sobre el proceso evolutivo operado por la Selección Natural.

Después de estos trabajos ha sido costumbre de los naturalistas buscar en el ámbito de las islas las respuestas a muchos enigmas biológicos. Algunos han llegado a pensar que el hecho insular constituye un instrumento definido en sí mismo, para la mutación de las especies desde las más rudimentarias hasta las más complicadas, y en este sentido cada pequeña isla debiera ser considerada como un sagrario donde se respetase religiosamente la conservación de los seres vivos para los estudios de genética ambiental. Pero esto parece todavía una aspiración imposible dentro del juego de los intereses egoístas: una forma desgraciada de nuestra cultura, cuya superación debe ser esperada en breve plazo.

Al tocarse el punto de los patrones culturales en relación con las islas, se observa también la influencia deletérea de las sociedades humanas sobre los gérmenes culturales primitivos. Estas modificaciones se reflejan principalmente en el orden del arte, la religión y el folklore y sólo gracias al instinto de estos pueblos primitivos, de vincular a la supervivencia de la piedra, la suya propia, ha podido conocerse hoy el origen y migración de sus culturas. Pirámides, templos, columnas, dólmenes, menhires o sillares rústicos, nos permiten ahora encontrar un parecido por lo menos intrigante entre pueblos tan distantes como los egipcios y los mejicanos, o como los peruanos y los polinesios. Son precisamente estas culturas, llamadas megalíticas, quienes formulan el misterio de los misterios, no resuelto aún por los arqueólogos y que estimulan cada año atrevidas expediciones como la de Heyerdahl y sus amigos del Kon-ti Ki, tan comentada últimamente.

En particular entre los aborígenes sudamericanos y los pueblos polinesios se han encontrado casos de analogías sorprendentes y nadie ha podido todavía explicar el parentesco de los pueblos que han levantado monumentos tan similares como los de tiahuanaco en Bolivia, como los Haamonga Amaui de Tongatabú en las Islas Amigos; o como las escalinatas centro y sud americanas con los Nukahiva de las islas Marquesas.

El ejemplo inquietante de la Isla de Pascua, con sus estatuas colosales volcadas sobre las playas, muestra una cultura desaparecida que pudo haber dejado, por el mismo mecanismo de la tradición oral, alguna clave que explicara este enigmático puente racial tendido sobre el Pacífico entre las costas de América y Oceanía, pero las sucesivas migraciones desprovistas del alfabeto inteligible, así como el contacto nocivo del hombre moderno, han hecho desaparecer toda esperanza de una explicación convincente de su presencia en aquellos parajes, que hoy no son más que un enorme criadero de carneros pastoreados por un pueblo diezmado de lepra y minado por amargas decepciones. Puede que Heyerdahl —quien recientemente ha acometido el estudio de esta isla— nos dé por fin la clave. Su libro "Aku-Aku" es ya un ejemplo de arqueología pragmática, y en todo caso un relato fascinante de hallazgos nunca antes presentidos. Pero no provee, ni puede proveer con los documentos disponibles, una respuesta satisfactoria sobre las oleadas migratorias de los polinesios y su papel en las culturas precolombinas.

Así como las empresas del hombre moderno y la lucha por la existencia han producido destrucción perniciosa o deformación caricaturesca de antiguas costumbres o tradiciones culturales, vemos que ellas han operado también la desaparición de animales y plantas bajo el avance nocivo de las áreas habitadas. Parece que la avi-fauna ha sufrido más que ninguna otra rama del reino animal. Carson cita a este respecto cómo desaparecieron los "Dodos" de las islas Mauricio, los "Moas" de Nueva Zelandia o los "Rails" de los archipiélagos polinesios, pájaros extraños de progenie más antigua que el hombre y que hoy han ido a engrosar los yacimientos de fósiles que nos han permitido cabalgar en cierto sentido, como testigos de excepción, en las edades geológicas.

Pero no sólo hay que buscar ejemplos en las islas remotas y en los animales extraños. Podemos citar también como ejemplos concretos, a las pequeñas islas contenidas dentro de las plataformas continentales, y entre ellas a la propia Isla de Pinos. La familia de Psitácidos de esta isla sobre todo el "Ara-Tricolor" o Guacamayo pinero, se hizo famosa en los relatos de los viajeros por su exuberante belleza. Todavía a mediados del siglo XIX aparecían en grandes bandadas sobre pinares y palmeras, inspirando los conocidos versos del poeta español Velarde:

Verdes cotorras, matizados loros
El aire rasgan con chirridos secos
Y los valles salvajes y sonoros
Ásperos tornan los errantes ecos.

Guacamayos azules, purpurinos,
Cual nube carmesí los aires hienden
Y del sol los reflejos vespertinos
Como un volcán el firmamento encienden.

El pájaro Mosca pinero (Calipte Helenae), la especie

más pequeña del mundo, está ya casi completamente extinguida y entre los paserínidos dotados del doble encanto del plumaje y el trino melodioso se encontraba el Cabrero (Spindalis Pretei) hoy igualmente en vías de desaparición. Los métodos de cultivo intensificados por la técnica moderna tanto como las prácticas bárbaras del incendio aplicado expresamente para el desarrollo de pastos de ganado, han sido responsables de la destrucción sistemática de una inmensa variedad de especies útiles y en esta obra no silenciaremos por cierto, el enorme perjuicio ocasionado por las torpezas humanas a la bella y delicada naturaleza de Isla de Pinos. En el lugar correspondiente tendremos oportunidad de señalar concretamente esta decadencia penosa de la belleza primitiva por el contacto humano.

En la primavera del año de 1946 el autor de esta obra tuvo que visitar la Isla de Pinos para iniciar un programa de investigaciones científicas de muy distinta índole a la que ahora forma la materia principal de este libro.

Pero capturado por el ambiente mágico de aquella isla no pudo realizar su cometido sin verse atraído irremediablemente por una especie de laberinto encantado de incógnitas vinculadas a la tierra, sus moradores y su remoto pasado. La influencia determinante del ambiente en la vida de las gentes y en su forma de reaccionar ante los acontecimientos, le apareció como una especie de primum-movens trabajando subrepticiamente en la plasmación social, a la vez maravillosa y lamentable de esta isla.

Permanecía la Isla de Pinos postergada en un marasmo secular, como si viviera aún en el tiempo de los piratas, aunque sin su libertinaje magnífico. Se veía retenida en una vida lánguida y precaria, sumergida en un mar de pesimismo y desilusión y lo que es peor aún, de inercia ante el fracaso. Fue esta la primera incógnita que me estimuló a introducirme en aquel laberinto de vericuetos aparentemente ajenos a mi cometido. Pero esta incógnita operó en mi espíritu algo así como una sacudida y me llevó a proponerme mi propia respuesta y a desafiar sin otras fuerzas que las de mi fe y mi entusiasmo a la adversa fortuna que mantenía a la isla postergada en un injusto abandono y en una indolencia sorprendentemente negativa. Me parecía imposible que en uno de los momentos más prósperos de Cuba, mientras la abundancia y el desenfreno expresaban el disfrute irreflexible de una situación económica ocasionada en el país por la situación aflictiva en que habían quedado los países del mundo arrasado por la guerra, pudiera dejarse a Isla de Pinos condenada en medio de sus maravillosos paisajes y de sus potencialidades evidentes, a una vida miserable y sin ninguna perspectiva alentadora en sus horizontes. Esto mismo constituyó para mí un enigma inexplicable. Con sólo abrir el mapa y contemplar su situación privilegiada en relación con su ambiente marino, formado a la vez por el Océano del Sur y por una plataforma de aguas someras acribilladas por centenares de isletas, cada una con un valor definido, nos dimos cuenta de que aquella región climática constituía un sitio envidiable para el espíritu de empresa o simplemente para el solaz de las gentes fatigadas por el impacto de la vida moderna.

En estas condiciones tuve la suerte de reunirme con un grupo de jóvenes científicos de Cuba que durante los últimos diez años ha logrado conquistas admirables en el campo de las investigaciones geográficas: son los jóvenes de la Sociedad Espeleológica de Cuba con quienes comencé en horas fraternas e inolvidables el primer intento de indagación sistemática sobre el pasado de Isla de Pinos y el conocimiento de su naturaleza. Pero mientras mis amigos avanzaban en el camino de las investigaciones fisiográficas y arqueológicas yo decidí por mi parte adentrarme en el conocimiento de su remoto pasado como una colonia de hombres. De esta manera, con una zona de contacto formada por los antecedentes de las culturas indígenas, hemos permanecido reunidos durante algunos años en el mismo afán inspirados por el conocimiento de nuestra tierra. Pronto me di cuenta que todo estaba por hacer y que un mar de confusiones increíbles venía a añadirse a la escasez de los informes diseminados aquí y allá por folletos y periódicos.

Después de las primeras contribuciones de La Sagra y Pezuela, de las monografías de Poey, y José de la Luz Hernández y Ramón de la Piña, transcurren más de cien años sin un solo sondeo capaz de precisar los relieves históricos de Isla de Pinos, pues los artículos de periódicos y folletos consagrados por distintas personas a este fin se encontraban tan llenos de errores e intenciones, que prácticamente se hacía peligroso e inútil seguir sus orientaciones.

No fue sino hasta 1910 que surgió el primer esfuerzo laudable por investigar esta historia y esto fue realizado por la escritora norteamericana Irene Wright, quien le dedicó largas horas en las bibliotecas públicas de La Habana clasificando los materiales existentes, para al fin dar a luz un encantador librito titulado "La Isla de Pinos", pequeño resumen de ecografía aplicada, por desgracia lleno de repeticiones infundadas.

Para ilustrar la confusión un poco grotesca de las publicaciones que han corrido hasta épocas recientes sobre la historia de Isla de Pinos, citaremos dos casos concretos: uno se refiere a la personalidad de un pretendido señor de Isla de Pinos llamado Hernando de Pedroso, que hacia el año 1627, se dice —y así ha sido repetido en todos los textos, artículos de periódicos y literatura para consumo de turistas— que obtuvo de la Corona de España la mercedación o regalo de la isla, que hasta el momento aparecía estar abandonada desde la época de su descubrimiento. Después de dos años de intensa búsqueda en los archivos y bibliotecas de La Habana, descubrimos que todo esto no fue sino una cómica patraña elaborada por una antigua familia de Isla de Pinos que en su afán de exhibir un título de nobleza propaló aquella historia y logró darle publicidad a través de un informe oficial redactado por un militar español de la guarnición de Isla de Pinos. Si fue una especie echada a rodar alguna vez por el propio D. Hernando Pedroso, no lo sabemos, pero los documentos nos probaron que el tal D. Hernando no fue ningún caballero de verdadera sangre azul ni tuvo jamás nada que ver con la Isla de Pinos. Por el contrario, fue el eje de un escándalo bastante poco edificante en el que uno de los más distinguidos patriarcas de la joven colonia de La Habana, D. Martín Calvo de la Puerta, se vió obligado a anular el matrimonio de su hija con aquel personaje poco recomendable. Sin embargo, los repetidores de historia barata llegaron de infundio en infundio a colocarlo en un lugar destacado de la genealogía hispano cubana y no faltó quien propusiera encargar una obra pictórica alusiva al señorío y posesión de la Isla de Pinos por el tal D. Hernando de Pedroso. Desgraciadamente, no faltan textos oficiales que sigan repitiendo hoy en día esta cómica mentira, y hasta las obras de Genealogía y Heráldica, copiándose unas a otras, mantienen el mismo error.

Otro ejemplo curioso sobre el cual hemos de volver con detenimiento en el capítulo correspondiente de esta obra, lo fue la nebulosa de su descubrimiento por el Almirante Colón. No existen dos obras entre los cronistas clásicos y los comentaristas modernos que presenten los hechos de igual modo y la confusión de los datos ha sido tanta, que un eminente profesor viajero, Samuel Eliot Morison, llegó a decir que era prácticamente imposible describir aquel descubrimiento con los datos disponibles.

Por ese motivo, entre 1953 y 1956, me vi obligado a recurrir a los documentos originales del descubrimiento de América, dispersos en los archivos y bibliotecas de distintos países de Europa y con las conclusiones que esta documentación primigenia me ha permitido extraer de toda aquella búsqueda, he redactado los capítulos correspondientes sin aspirar no obstante a dejar completamente agotado el objeto de estudio.

Réstame ahora explicar el porqué de la frase de "Isla mágica" intercalada en el título de esta obra para referirme a Isla de Pinos.

Debo apresurarme a desvanecer cualquier idea sobre la existencia de costumbres de magia (negra o blanca) tan enraizada —por curioso contraste— en otras islas del Caribe.

No, en Isla de Pinos, a diferencia de Haití o la Martinica o las Barbadas o la Trinidad o la misma Cuba, no ha prosperado en el pueblo ningún culto esotérico, ninguna "Santería" habanera ni vodú africano, de los cuales puede haber solamente acá manifestaciones muy aisladas.

La magia de Isla de Pinos consiste precisamente en no tener ninguna "magia" muy a pesar de los factores naturales capaces de despertar la superstición y el temor entre los nativos. Muy especialmente deseo referirme, entre estos factores, a ciertas "luces" que aparecen siempre en la misma época del año, siempre en los mismos lugares y siempre en condiciones atmosféricas similares.

Empecé a recoger observaciones sobre la aparición de estas luces con motivo de un estudio que emprendí en el año de 1950 sobre el folklore pinero. Incluía, naturalmente, dentro de mi semántica del término folklore, no sólo todo lo concerniente a los bailes y los cantos, sino también a los refranes e historias transmitidas de padres a hijos sobre los acaeceres extraordinarios de su vida en la isla.

Después de un número considerable de testimonios atendibles —entre los cuales incluyo el de profesionales, hombres de negocios y hasta naturalistas, me dediqué pacientemente a perseguir la oportunidad de observar por mí mismo uno de estos fenómenos y después de un número 1 largo de tentativas infructuosas me vi finalmente recompensado con la observación personal de una de estas "apariciones" Pude confirmar mis sospechas de que las luces de marras no eran sino unas burbujas de gases que brotan en los manantiales de algunos ríos de la isla y que en determinadas condiciones atmosféricas se hacen incandescentes y brillan en la obscuridad de la noche como las llamas de un incendio.

Los nativos creen en la magia o virtud curativa de las aguas de estos manantiales y yo por mi parte detesto desviarles de estas creencias, para combatir las cuales no conozco nada eficaz dentro de mi arsenal positivista.

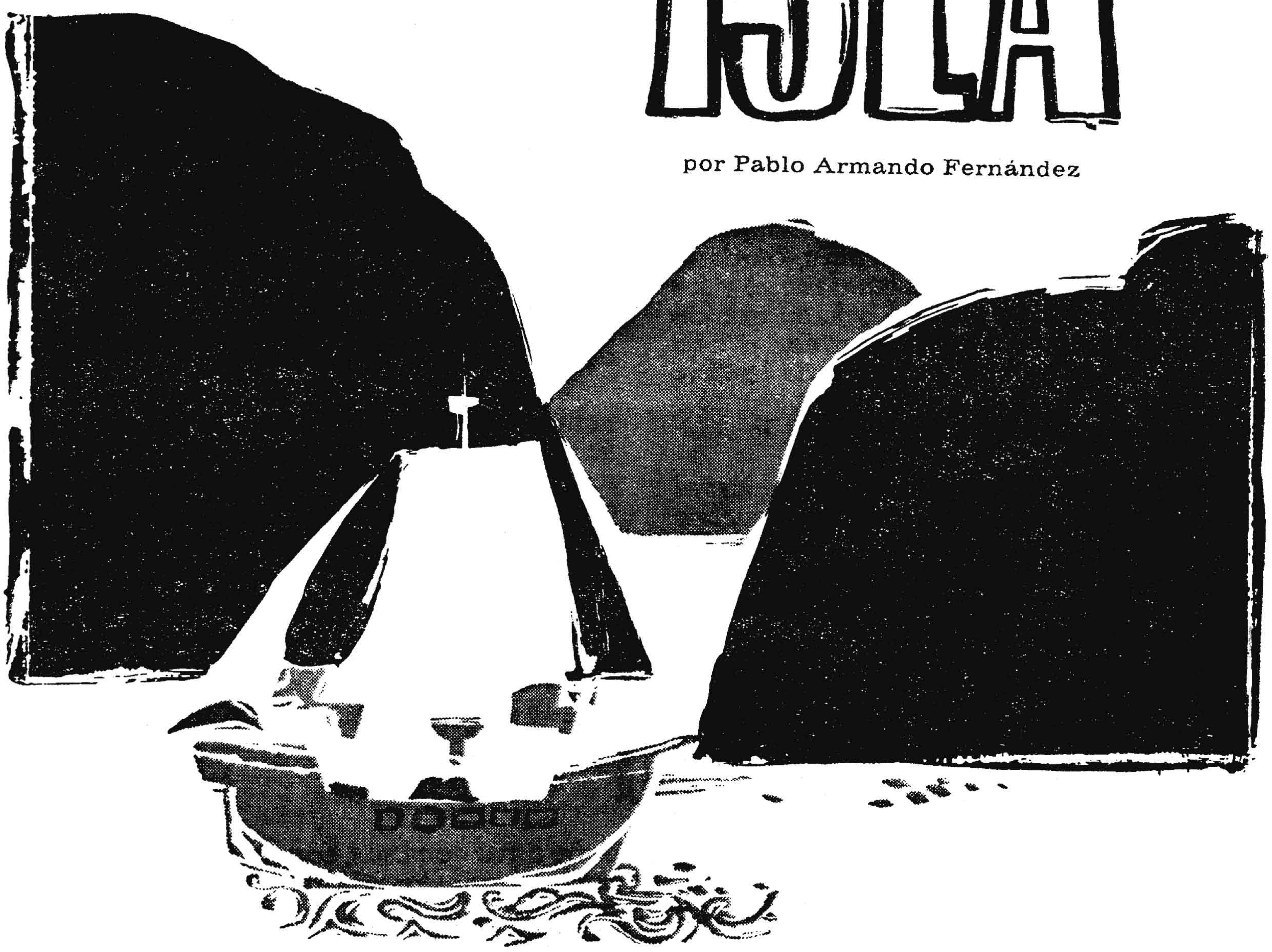
La "magia" está en la fe ingenua, inconmovible, depositada de abuelos a padres, a hijos, a nietos...

Así esta modesta población ha desarrollado una especie de conciencia insular, cordial y hospitalaria, que es al propio tiempo el mejor fundamento de su moral social. Como al agua transparente de sus manantiales será conveniente no perturbarla; dejarla discurrir tranquilamente, confiada en la virtud de su pasado, en la seguridad de su "magia".

(Reproducimos el capítulo primero del libro, "Excerta de una Isla Mágica", del Dr. Filiberto Ramírez Corría. En ese libro ha recogido el autor las investigaciones históricas que por más de diez años realizó con verdadera pasión sobre la Isla de Pinos. Agradecemos a Ramírez Corría su colaboración para este "Lunes").

POESIA DE LA ISLA

por Pablo Armando Fernández



I

¡Oh, mar, mar de las hechicerías! Amigo de los encantamientos. Azul de yerba fresca, ¿dónde la ronca voz del Olonés? ¿las maldiciones y las palabras poderosas de rencor y venganza? ¿dónde las lágrimas, las súplicas, las quejas y lamentaciones? ¿dónde la sangre, el chasquido del látigo, las preces balbuceantes del cargamento esclavo? ¿dónde el cuchillo, la horca, los dados, el ojo tumefacto del muerto, la conjura enemiga? ¿dónde en tu verde de montaña azul turquí ocultas la penosa servidumbre?

Azul isleño de aguas del Golfo y aguas del Caribe, jade azul de ultramar, ¿dónde el muslo roto y amoratado, el siniestro andar de Francois Leclerc? ¿dónde la antigua noche de la piratería? ¿el túmulo de huesos y hojas ensangrentadas? ¿el secreto que confías a tu pecho, al vientre obscuro del tiburón, a la afilada aguja? ¿Cuál es el día de tu embriaguez, la hora de tu hartazgo, la fiesta para henchir la grosura de tu avariento corazón?

Guiñolesco hospedero ¿quién atiende en la noche tu discurso cuando ebrio declamas? Para tu atardecida romería salomónicamente te adornas como el mango, ¿quién te sigue los pasos voluptuosos?

No, concha lapislázuli, yo no saludo tu más-

cara de finos dientes y cabellos de alúmina y fosfato de cobalto calcinados.
No saludo tu voz que es voz de encantadores. No escucho tu silencio.

A mí no me seducen tus ricos atavíos, tus adornos: collares y pulseras de peces con escamas escarlatas, turquesas, anaranjadas, ocres; túnicas bordadas con seda tornasol que dibujan navíos voladores, lámparas y gaviotas, caracoles, uvas de la costa, moradas, flores selváticas, celestiales, marinas; estrellas y muchachas.

No quiero tu amuleto. Guárdalo con tus cofres de maderas preciosas, con tus espadas de oro, tus naipes y doblones.

¡Sólo quiero tu isla de azul innominado!

II

En la piedra, en la corteza, en el silencio, en la penumbra, en la llovizna y el calor; en la voz dulcísima que invita a franquear la puerta amiga y a compartir los platillos de manjares caseros: el chocolate navideño, el pinol tostado con azúcar, dulce de arroz con leche, y café; cuando la tarde va a apagarse en el bosque de pino piñonero y los güiros y machetes, la madera y las cuerdas se encienden con la voz que no quiere "toronja picá de cotorra, ni quiere naranja picá de sijú"; en la niña, atado el moño tinto y la cintura con cinta punzó y los labios encendidos de sangre y la mirada de inocente fulgor, veo, la magia arder. ¡No os apaguéis luciérnagas, asombro de la lámpara! Frente al perfil macizo del mármol o contra el monte gris de la yagruma, la súbita llovizna.

*¡Ah, si las primeras **luces** aparecieran! Sólo un pájaro ansioso de infinito, a muchas leguas de distancia, gime.*

*Contra el silencio la lucha verde de las iguanas, el pajonal de oro y rosa viejos de los **rabos de zorras.***

*En los ojos de los adolescentes solitarios arden las **luces.** En la encendida mirada de un gato a caza de su víctima, las **luces** extraviadas se confunden y giran. Los niños en el prado lanzan contra el poniente un desafío a las **luces** y se desbandan en tropel.*

El brocal del pozo ha aparecido como una estrella de las honduras de la tierra que hace guiños al cielo. ¡Oh, insecto de la luz, verde araña de patas brilladoras! ¿Quién repite con letal resonancia ¡Adiós, adiós! junto a la tibia arena? Nadie recuerda nada. Ligeramente un nombre, ¿para qué sirve un nombre sino para escribirlo? Cuando alguien muere deseamos recordarlo escribiendo su nombre.

*Los muertos nada tienen que no sea su nombre en las conversaciones de un familiar o de un amigo. Por eso son las **luces,** para que no olvidemos que un guiño de la luz es en fin mucho más duradero que el tiempo en que decimos un nombre y lo olvidamos.*

*Palidecen las **luces** al son del tamboril de la llovizna. Y en el cielo, la noche, abre sus ojos duros y resistentes.*

III

El que anda entre los Cerros, a solas, por el valle, cuando atardece y por el Este, encrespadas y brillantes las langostas bajan hasta la playa negra, hasta la playa de oro y coral, hasta la playa de plata cernida, de conchas y cangrejos satinados, hasta donde el mar se amiga con la costa y la toca suave y calladamente; enamorado.

El que anda solo entre el silencio del mármol, frente a la boca del "Abra", a su espalda el bosque ceniciento sin rumores; el que anda ensimismado, con el silencio suyo sin palabras, ni grito de gaviota, ni golpear de olas.

En el silencio, solo, cuidando no olvidar los nombres de la gracia. Los nombres que poseen la poderosa suerte:

Casas,
Caballos,
Cerros
Ciénagas,
Caribe,
Cabeza

*Alfonso Terry vino desde el Caimán. Sabe estos nombres, conoce el poder sobrenatural que estas palabras poseen. Las nombra en orden, luego es rico en albergue y alimentos; escuadrones del Angel acuden veloces a transportarlo de una ladera verde a un risco o a una peña pulida como pórfido, de los ojos translúcido y obscuros de la tierra a los ojos de duro ámbar del cielo, de la **flor del día** a la **flor del muerto;** contra el enemigo se alza un bastión inexpugnable y dentro crece la Vid del paraíso y a su sombra el Ave canta; dueño absoluto del azul ciñe la corona amarilla de la Luz.*

*Vino desde el Caimán, donde la tierra es llana y el cielo está más lejos. Con su pecho creció y se armó la quieta ciudadela, con su pulso y su respiración, al son fiero del tiempo se alzaron estos reinos minúsculos como tesoros relampagueantes para el perro y la garza. La **barrigona** brilla y se despeina, agitando su fronda verdegrís, quien mira bien la tierra y sus guardianes, sabe quién vela ahora. Terry, ¿por qué en círculo giran los ojos de los muertos?*

Terry, Alfonso, negro del Gran Cai-

mán, choler de auto de alquiler, uniformado, humilde, padre de sus hijos, buen bebedor, alto como el aroma de los cedros y duro como el monte de mármol. Tú que saliste con el día y acompañaste al buscador de orquídeas y serpientes (el muchacho de Nashville) al monte; que te anudaste la corbata y los zapatos, y los dientes en el espejo viste relucir y a tu dulce mujer diste una dulce palmada en el trasero y un beso también dulce luego al partir, ¿con qué sueñan los sueños?

Terry, poco recuperamos, apresúrate y dime, es acaso una música para bailar, el tiempo? ¿Para bailar aunque no lo deseáramos? ¿cómo es que baila el viento? ¿cómo debo lucir para asistir al baile? Apresúrate, apresúrate.

Está bien, estamos en el baile. Bastaría con atender la música cuidadosamente, seguir la música.

Siempre sonríes y callas. Si te pregunto quién es el Monarca, el Señor, el Dueño, el Comisario del tesoro de la isla, sonríes y callas.

Tú, pino piñonero, velamen, alto aroma, centinela, chofer, padre de hijos y hombre de otros nobles oficios.

Tú sentado a la diestra del mar y de las islas, nombrándote Poeta.

IV

Díganles a los que buscan en la piedra y la nube una respuesta, a los que creen hallarla en la yerba y el viento, díganles que en las ramas aéreas y feroces del **árbol de Bengala** está el signo del tiempo. Allí los días del hombre florecen a su antojo. Allí la muerte guarda su secreto. El Olonés tenía una cimitarra de puro oro, un cinturón de piel de un extinto reptil y en un pañuelo oculto un amuleto de amarga mezcla: sangre, almicle y algalia endurecidos. Nau enterró su tesoro a la derecha y a tres varas al sur exactamente del tronco de la **Higuera.** A su regreso, el **árbol de la India,** había multiplicado sus columnas, hacia el norte y el sur de este a oeste, como torres crecidas a la inversa. Siete enormes columnas, todas de corpulencia igual a la madre del árbol descendieron para burlar la astucia del pirata. El Olonés rompió la tierra siete veces al sur, a la derecha, luego que nada halló, rompió la tierra al norte hacia la izquierda. Lloraba el duro hombre su tesoro.

Los que busquen respuestas en la piedra y la nube que lleguen hasta la alta raiz de la ancha **Higuera.** Allí la muerte oculta su secreto.

V

Todo aquí se apresura a convertirte en niño. En el viejo juguete que tú mismo añorabas. Aquí, vuelves a ser arisco.

Vives a la intemperie, como el majá pegado el pecho a tierra y como el río, errabundo, que es el majá del agua. Todo conspira aquí para que seas un niño, ufano, que juega con el viento, con las tardes y el ámbar del verano.

Birdie y Jamima cuidan del santuario. El viejo caserón del alquimista. Con el ánima sola del pirata sueñan Birdie y Jamima. En la taberna de Port Royal, ebrios, los marinos relatan el siniestro episodio. "Jamima, es tarde, ven, cierra antes que entren los miedos", Birdie fuma, atiza las brasas, prende el quinqué, quema hojas de cinamomo y llama con su voz de niña amedrentada a su hermana. Jamima está en el bosque, tendida boca arriba, oyendo a la paloma. Birdie canta para ahuyentar los miedos. Jamima habla con una iguana. En "El León del Caribe" un viejo sueña con los tigres del Africa, sueña con los patos que emigran y maldicen las cruces y las campanas. Birdie y Jamima leen la Biblia. Cuando amanezca será domingo en Kingston y ellas están entre pomos y viejos manuscritos cuidando del santuario.

